

## EL FACTOR «DETERMINISMO» EN «LA REGENTA».

*A Balbino Manuel Macías López  
y Matías Rodríguez Cárdenas.*

### 0. PRÓLOGO.

Para investigar la existencia o no del factor «Determinismo» en «La Regenta» hemos comenzado por ofrecer una visión panorámica de la cuestión y, tras llegar a nuestro propio concepto-síntesis de determinismo, empezamos a buscarlo en la novela. La vía por la que hemos accedido a la conclusión de que sí existe tal factor en «La Regenta» ha sido el estudio de la conducta de sus cuatro personajes principales —Principales, al menos, a simple vista—. Y usamos este camino sin temor alguno a sobrepasar los límites de la Filología, porque pensamos que, sin olvidar esta ciencia, para la comprensión total de un texto o de la concepción filosófica que lo anima, hemos —y aún debemos— de recurrir a todas las ciencias que puedan ayudarnos a lograr el fin deseado.

Nuestro planteamiento básico es muy simple: Si los personajes de la novela actúan bajo el influjo de uno o más tipos de determinismo, deduciremos que «Clarín» consideró la concepción determinista al crear su novela.

Para simplificar el asunto, hemos estudiado las conductas por separado, pero quede, ya desde aquí, la advertencia de que en el plano práctico todas ellas se interrelacionan e influyen mutuamente. Así, para comprender la conducta de Fermín, en un principio, habremos de atender a la de la Regenta y posteriormente a la de Álvaro; y para comprender a la Regenta, hemos de atender a Fermín, primero, y a Álvaro más tarde, para volver posteriormente a Fermín. Etc.

Quede, pues, aquí este breve ensayo que no pretende llegar más allá de ser un difuminado comentario psicocrítico con el que sólo tratamos de fijar un posible método de investigación para una mejor comprensión de ciertos aspectos de la literatura.

### I. EL DETERMINISMO

#### **Breve repaso al concepto de determinismo.**

Aunque este difícil problema presenta múltiples facetas en su concepción, es posible, no obstante, clasificar las ideas existentes al respecto en tres grandes grupos, a saber:

- 1) Determinismo como sistema filosófico que subordina las determinaciones de la voluntad humana a la voluntad divina.
- 2) Determinismo identificado con destino.
- 3) Determinismo entendido como la necesaria relación entre causa y efecto.

Aceptar la idea de los «deterministas religiosos» es pura cuestión de fe: El ateo la desecharía de forma radical y al creyente incluso le es dado objetarla basándose en la condición de «ser libre» propia del hombre<sup>1</sup>. Esta idea apenas si ha sufrido evolución alguna, en cambio sí la ha sufrido la de los pensadores que consideraban el determinismo íntimamente ligado al concepto de destino<sup>2</sup>, entendiéndolo por tal «la acción necesaria que el orden del mundo ejerce sobre cada ser particular del mundo mismo». En su formulación tradicional, el destino implica, por una parte la necesidad, casi siempre desconocida, y por lo tanto ciega, que dominaba a un ser particular del mundo en cuanto parte de un orden total; y por otra, la adaptación perfecta de cada ser a su puesto, a su parte o a su función en el mundo, ya que, como engranaje del orden total, cada ser es hecho para lo que hace. En la actualidad, por el contrario, se han eliminado ambas características<sup>3</sup>, resultando que, primero, la determinación necesaria no es la de un orden, sino la de una situación, la reiteración; y segundo, el destino no es ciego, porque es el reconocimiento y la aceptación deliberada de la situación necesaria.

Un tercer grupo de filósofos, ya más cercanos históricamente, considera el determinismo en términos de causa-efecto<sup>4</sup>, entendiéndolo en un ámbito general como la doctrina que recoge la universalidad del principio causal, admitiendo también, por tanto, la determinación necesaria de las acciones humanas por parte de sus motivos; y en un ámbito restringido como la acción coordinadora o necesaria de una causa o de un grupo de causas. Entre estos pensadores, los deterministas filosóficos definen el determinismo como la creencia necesaria en la extensión universal del mecanismo, o sea, en la extensión del mecanismo mismo al hombre. Entre ellos, Priestley resolvía abiertamente que los motivos influyen en la voluntad con la misma certidumbre que la fuerza de la gravedad obra sobre una piedra y que aún cuando el hombre a menudo se reproche el no haber elegido de otra manera, el examen de su conducta demuestra que esto era imposible y que no habría podido obrar de otro modo. Por su parte, Kant puntualizó que el determinismo auténtico es en realidad un predeterminismo, o sea, la creencia de que la acción humana encuentra su motivo determinante en el tiempo que la antecede y, por tanto, no está en poder del hombre en el momento en que se efectúa.

En la segunda mitad de la pasada centuria aparecen, haciendo evolucionar estas ideas, los deterministas científicos, que aplican el método científico al estudio del determinismo. Parten, entre otras, de las ideas de Claude Bernard, que escribió en 1865 que «el principio absoluto de las ciencias experimentales es un determinismo necesario y conscientes de las condiciones de los fenómenos. Si un fenómeno natural cualquiera es dado, nunca un experimentador podrá apreciar la existencia de una variación en la expresión de este fenómeno, sin que al mismo tiempo hayan sobrevenido condiciones nuevas en su manifestación. Es más, tiene la certeza a priori de que estas variaciones están determinadas por relaciones rigurosas y matemáticas. La experiencia nos muestra solamente la forma de los fenómenos, pero la relación de un fenómeno con una causa deter-

---

1. Cfr. MARCEL, G.: «El misterio del ser», Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1964, págs. 260-272.

2. Para todo lo referente al destino, cfr. ABBAGNANO, N.: «Diccionario de filosofía», F.C.E., México, 1963, págs. 309-311.

3. Aún dentro de los filósofos tradicionales había matizaciones. Diógenes y los estoicos lo definían como la «Causa necesaria» de todo o la «razón» que dirige el mundo, identificándolo, en los seres superiores, con la Providencia. Schopenhauer, por su parte, se refería a él como la acción determinante —en el hombre particular y en la historia— de la Voluntad de vida en su naturaleza desgarradora y dolorosa.

4. Para todo lo referente al determinismo como resultado de la acción causa-efecto, cfr. ABBAGNANO, N.: Op. cit., págs. 312-314. Cfr., así mismo, BALMES, J.: «Filosofía fundamental», Ed. Sopena Argentina, Buenos Aires, 1963, Tomo II, Libro Décimo: «Necesidad y causalidad».

minada es necesaria e independiente de la experiencia, es forzosamente matemática y absoluta. Llegamos así a ver que el principio del criterium de las ciencias experimentales es idéntico, en el fondo, al de las ciencias matemáticas, porque en una y otra parte este principio está expresado por una relación de causalidad necesaria y absoluta». Estos deterministas científicos afirmaban que «el sentimiento de libertad es una ilusión causada por el desconocimiento de los motivos de nuestras acciones»<sup>5</sup> y que «el libre albedrío está negado por los hechos de la observación»<sup>6</sup> ya que según ellos, «la escuela positivista ha confirmado las nociones conjeturadas por la filosofía positiva, demostrando que realmente la anomalía de conducta moral se enlaza con anomalías del cerebro y de la persona entera, dando así la prueba experimental de la negación del libre albedrío»<sup>7</sup>.

Más tarde, ya en el siglo XX, esta concepción de la causalidad necesaria cambió a la de causalidad probable. Así, a partir de ahora, el determinismo no designa ya el ideal de la causalidad necesaria y de la previsión infalible, sino el método de la relación condicional y de la previsión probable, pues, según Louis de Broglie, «no todas las posibilidades son igualmente probables». Para estos nuevos pensadores no es legítimo afirmar que una causa provoca un efecto porque, tal como lo expuso el recién citado De Broglie, «todo estado de un sistema comporta ciertas tendencias que se expresan por las diferentes probabilidades de las diversas posibilidades en ellas encerradas». Con todo ello se introduce el concepto de respuesta probable en el esquema S-R de los behavioristas, negándose así las ideas de los deterministas científicos sobre la libertad, ya que, como bien opina Feuille, «envolviendo las tendencias motrices, los motivos conscientes son reaccionantes y directores, no reflejos —automatismos— ni contemplativos —libertad absoluta—»<sup>8</sup>. La respuesta probable, como matización, es de capital importancia, porque permite afirmar que para el hombre no existe un solo futuro, sino varios: todo dependerá de la elección que éste ejecute en el presente —A condición, por supuesto, de que se viva realmente en el presente y no en un desfase psicológico de tiempo—. De esta forma se niega la existencia de un determinismo absoluto sobre el ser humano y toma nuevo vigor la creencia en la libertad del hombre.

### **Nuestra postura y la de los naturalistas.**

Siendo el determinismo un tema controvertido, nos vemos obligados desde ahora a tomar una postura-marco que haga viable nuestra tarea.

Las naturalistas concebían el determinismo en términos de causalidad necesaria, aceptando así que la conducta humana responde a un automatismo absoluto según los estímulos internos y/o externos recibidos y negaban, evidentemente el libre albedrío. Nosotros, por contra, aceptaremos el determinismo de causalidad probable y, por tanto, que sobre la conducta del hombre no obran factores determinantes, sino solamente influencias de diverso signo y origen. Sin embargo, negaremos el determinismo absoluto salvo en la excepción de lo que hemos dado en llamar AXIOMA I: «**Todo ser vivo está determinado a conservar su propia vida y a propagar su especie**». De aquí se desprende,

---

5. LUPIÁÑEZ ESTÉVEZ, G.: «Discurso de Ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, 26 de octubre de 1913» (Cfr. Bibliografía), pág. 7 La cita pertenece a Forel.

6. Ibid., pág. 6. La cita pertenece a Cesare Lombroso.

7. Ibid., pág. 8. La cita pertenece a Fioretti.

8. Ibid., págs. 9-10.

como corolario, que el determinismo probable obra siempre en función del determinismo necesario o absoluto, como posteriormente comprobaremos.

Aunque a simple vista pueda parecer que nuestra postura, al contradecir la de los naturalistas, no es acertada para enfocar correctamente este tema, tal no es así, ya que, a efectos de investigación, la postura de los naturalistas no es incompatible con la nuestra, dado que ésta no es aséptica, pues es el producto de una hibridación carente de partidismos y fundamentada sobre premisas psicofisiológicas, motivo por el cual ofrece suficientes garantías de viabilidad.

### **En torno al porqué del determinismo.**

En base a hacer efectivo el cumplimiento del AXIOMA I, el hombre posee una serie de mecanismos psicofisiológicos perfectamente estructurados y relacionados con el medio que captan las influencias-estímulos de éste y determinan en aquel una u otra conducta. Nosotros, a la hora de analizar estos mecanismos, nos vemos obligados por falta de espacio a reducir nuestra exposición a una escueta síntesis básica a riesgo de que, por falta de la necesaria documentación, algunos puntos esenciales del texto no sean comprendidos correctamente. No obstante, comenzaremos ya partiendo del descubrimiento de la psicobióloga francesa Léone Bourdel sobre la correlación entre los grupos sanguíneos y el temperamento definido como modo de adaptación del organismo al ambiente. Según Bourdel, al evolucionar la vida, desde el minúsculo protozoario marino primitivo que recibía del mar todo lo necesario para ser, y aumentar su complejidad al desenvolverse en la tierra, el ambiente interior ha quedado como reflejo del ambiente exterior y entre ambos continúa estableciéndose el equilibrio, siendo la sangre la placa sensible por la cual, y a través de las épocas, se hace sentir ese equilibrio. Los ritmos de la vida social, como los de la vida cósmica, van a repercutir en ella, y en contrapartida, ella proyecta sus propios ritmos en derredor. Esto último es la base de nuestro AXIOMA II: «**Los ritmos biológicos son fuentes de acción y reacción**», pues es característico de las más profundas influencias el no serlo en sentido único.

Una vez demostrada «la importancia de la sangre como telón de fondo de nuestras acciones no sólo físicas sino psíquicas»<sup>9</sup>, Bourdel explica que «aparecemos así condicionados hereditariamente por nuestro grupo sanguíneo, como igualmente lo somos, por ejemplo, por nuestros genes sexuales. No depende de nosotros ser A, O, B o AB, lo mismo que tampoco depende de nosotros ser hombre o mujer. Pero el hecho de ser hombre o mujer no menoscaba nuestra libertad, y tampoco el pertenecer a tal o cual grupo sanguíneo. (...) Los tests sanguíneos no pueden sino indicar nuestro modo de adaptación que condiciona el desarrollo de nuestras tendencias»<sup>10</sup>. En este punto Bourdel se apoya en las palabras de Pávlov, el cual afirma que «nuestro sistema nervioso sensitivo se ha adaptado a las propiedades del juego de las ondas sanguíneas, cuyos movimientos recibe. La acción ejercida sobre nosotros por el juego de las ondas sanguíneas en virtud de su estrecha relación con el mundo de las emociones es fuente del sentido del ritmo. El papel de las ondas sanguíneas es primordial en la percepción del ritmo por el oído, la vista, el tacto y el sentido muscular, y se puede establecer experimentalmente, por compara-

---

9. BOURDEL, L.: «¿Nos determina nuestro grupo sanguíneo?», «Horizonte», N° 6, septiembre-octubre, 1969. Barcelona, pág. 96.

10. Ibid., pág. 97

ción de ritmogramas y esfigmogramas, que los aires musicales que dan impresión del ritmo son aquellos que producen exactamente el juego respectivo de los intervalos de tipos marcados por las crestas de las ondas pulsativas. Todos los ritmos de las ondas sanguíneas específicas de un órgano normal nos son agradables gracias al modelaje del sistema nervioso por las ondas sanguíneas. Podemos preferir tales o cuales ritmos musicales, pero no serán jamás sino aquellos que existen en las ondas sanguíneas»<sup>11</sup>.

Así pues, «sangre y música, ramificadas en las mismas longitudes de onda, pertenecen al dominio de los ritmos y las armonías»<sup>12</sup>. Pero si la música, en esencia, es una emisión de ondas, los colores también son emisiones de ondas de distintas frecuencias —de ahí que percibamos rojos, verdes, azules, etc—, es decir, que las ondas de los colores también pueden superponerse a las de la sangre y denotar sensaciones placenteras o displacenteras, según estén o no en función del AXIOMA I. Max Lüscher demostró experimentalmente que «los colores de la naturaleza tienen gran influencia sobre el hombre, y esta influencia se relaciona íntimamente con su constitución física y psicológica que ha de recibir el impacto de los colores naturales, le guste o no»<sup>13</sup>. «La preferencia por un color —sigue— y el rechazo de otro significan algo muy determinado y reflejan un estado mental o del equilibrio glandular, o bien ambas cosas (...) Esta relación es universal y existe independientemente de raza, sexo o ambiente social»<sup>14</sup>. Y a la inversa, la observación de colores psicológicamente puros por determinados periodos de tiempo, tienen diversos efectos estimulantes y decisorios en el sistema nervioso, según el color observado<sup>15</sup>.

Este razonamiento es extensible a todos los demás fenómenos del medio percibibles por el individuo, tales como olores, formas, sensaciones táctiles, clima, ambiente social, etc, cuya percepción influye sobre el hombre condicionándolo en virtud de los ritmos internos que todo organismo viviente posee y que están regulados por lo que se ha dado en llamar «relojes internos», «que en un momento dado actúan como un disparador que pone en marcha una concreta acción vital»<sup>16</sup>. Pero téngase en cuenta que no sólo los elementos del medio influyen sobre el sujeto, sino que estando sus ritmos internos en un determinado estado, el individuo, en virtud del AXIOMA II, verá atrída principalmente su atención por los elementos que estén en la misma longitud de onda que los ritmos internos que le afectan en ese momento, siendo por tanto más fácilmente influenciables por tales elementos externos caso de bombardear su psiquismo, hecho que recuerda la conabida máxima aristotélica «similis similibi quærit».

Esta teoría de los ciclos, muy antigua por demás, es generalizable, pues «dado que todo fenómeno, sea cual sea, está sometido a un ciclo de periodo determinado, y que por otra parte todos los ciclos comportan los mismos jalones y los mismos sectores, resulta posible comparar e identificar manifestaciones parciales muy distintas en apariencia»<sup>17</sup>.

Fuera ya de este nivel, el subconsciente vital, para cumplir el AXIOMA I, actúa siguiendo la «ley de estímulo-respuesta» a fin de establecer una homeostasis general, inherente a toda la mecánica de los ciclos. La vida del hombre, en el fondo, no es sino un conjunto de situaciones y respuestas a esas situaciones, y en este juego de estímulo-respuesta se busca esta-

---

11. Ibid., pág. 98

12. Ibid., pág. 98

13. LÜSCHER, M.: «Test de los colores», págs. 13-14

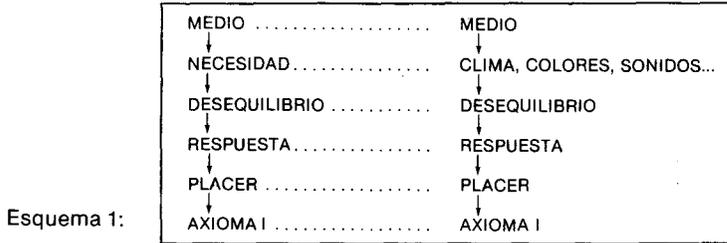
14. Ibid., pág. 14

15. Cfr. ibid., págs. 14-15

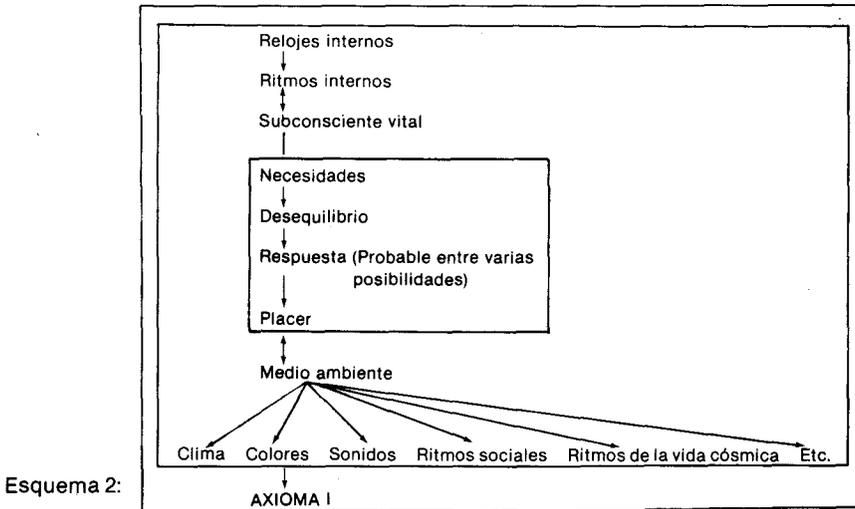
16. MANEGAT, J.: «¿Hasta dónde somos unos seres programados?», «El martillo», N° 1, octubre, 1977, pág. 10.

17. LAVIER, J.A.: *Medicina china, medicina total*, Acervo, Barcelona, 1973, pág. 27

blecer la homeostasis satisfaciendo una necesidad existente que había provocado antes un desequilibrio. Así, «la carencia de lo necesario —la necesidad— provoca en el sujeto un desequilibrio molesto, una tensión que se descarga en la búsqueda de un incentivo cuya consecución, a la vez que restablece el equilibrio interior alterado, es disfrutada por el organismo en forma de placer»<sup>18</sup>, y coincidamos en que, a causa de esto, «plesure for man is not a luxury, but a profound psychological need. Pleasure (in the widest sense of the term) is a metaphysical concomitant of life is the insignia of failure, destruction, death»<sup>19</sup>. Si atendemos a todo lo antes dicho, habremos, así mismo, de coincidir en que satisfacemos una necesidad si al recibir el impacto de unos colores o unos sonidos determinados obtenemos placer, al igual que lo obtenemos al satisfacer unas necesidades consiguiendo un equilibrio-placer que da a entender al propio individuo que está en consonancia con el AXIOMA I. Este paralelismo, esencial para nuestro «análisis de bases», queda representado, en sus líneas generales, en el Esquema 1:



Todo esto, ahora incrustado dentro de la teoría general que hemos ido exponiendo, queda representado en el Esquema 2, donde es posible establecer la doble flecha vertical en función del AXIOMA II, gracias a lo cual se fija el ciclo vital del individuo en relación con su medio



18. PINILLOS, J.L.: «La mente humana», Salvat, Madrid, 1969, pág. 127  
 19. RAND, A.: «The Virtue of Selfishness. A New Concept of Egoism. (With additional articles by Nathaniel Branden)», Signet Books, New York, 1964, pág. 61

## Tipos de determinismo

Siguiendo la teoría general anteriormente sintetizada clasificaremos ahora los distintos tipos de determinismo, aclarando antes, tan sólo, que el determinismo probable, que para nosotros equivaldría a «influencia/s», está siempre en función del determinismo necesario o absoluto, es decir,  $D_p = f(D_a)$ .

### Determinismo de causalidad necesaria o absoluto.

- 1) AXIOMA I.
  - a) «Ley» de conservación de la propia vida.
  - b) «Ley» de conservación de la propia especie.

### Determinismo de causalidad probable (= Influencia/s).

- 1) **Hereditario.** Se heredan los ritmos sanguíneos, que nos harán actuar según los estímulos recibidos.
- 2) **Psicológico.** Las leyes psicológicas determinarán nuestra conducta según los estímulos recibidos.
- 3) **Determinismo del medio.**
  - a) Determinismo del medio social (= Presión social).
  - b) Determinismo del medio ambiente.
    - Clima
    - Sonidos
    - Colores
    - Olores
    - Sensaciones táctiles
    - Sensaciones gustativas

## II. EL NATURALISMO Y SU ÉPOCA.

Considerado de base, un movimiento literario no es sino la cristalización en forma literaria de una serie de estímulos de diversa naturaleza flotantes en el ambiente de una época determinada. A estos estímulos responderán unos autores más que otros, formando así el movimiento en cuestión. De hecho, «la sociología del conocimiento enseña cómo —y de un modo bastante ineluctable— se llega a ser el —que— se —es por la instalación histórica y sociocultural»<sup>20</sup>. El naturalismo, que a decir de Martín Alonso tuvo su verdadero arranque en 1875, surge como movimiento en un muy especial caldo de cultivo: La segunda mitad del siglo XIX, periodo marcado por gran cantidad de eventos históricos que regirán, en líneas generales, el desarrollo posterior de la Historia. A grosso modo: «Darwin's Theory of Evolution hit at the Book of Genesis —man had evolved from lower forms of life; he had not been created complete by God. («The Origin of Species», presenting his revolutionary theory, appeared in 1859). Materialism, which denied the existence of everything except matter —man has no soul, and even thought is secreted by the brain as bile is secreted by the liver— was another challenge to orthodox belief.

---

20. ABAD NEBOT, F.: «El signo literario», EDAF, Madrid. 1977, pág. 235

Marx's epoch-making «Das Kapital», written in London and published in 1867, preached a new conception of society and of the distribution of wealth, and it was based on a «materialist interpretation of history»<sup>21</sup>. Esta época, además, «had a large number of problems to face. In many ways, it was an age of progress —of railways-building, steam ships, reforms of all kinds— but it was also an age of doubt. There was too much poverty, too much injustice, too much ugliness, and too little certainty about faint or morals —thus it became also an age of crusaders and reformers and theorists. It was also, with all its ideals, a curiously puritanical age: it was easily shocked, and subjects like sex were taboo»<sup>22</sup>. La burguesía tras su Revolución Francesa— se afianza como verdadera clase dominante, siendo muy mucho la causante de las situaciones-límite a que se veían sometidos los sectores obreros de la población, en los que latía la idea —tal vez inculcada desde ciertos sectores intelectuales— de una revolución social —Revoluciones de 1830 y 1848, aparición de la Primera y Segunda Internacional, 1864 y 1889, respectivamente—.

Esa burguesía creará su propia literatura —la realista— como reacción a la propaganda revolucionaria implícita en los impetuosos escritos románticos. Pero «a bigger problem for writers than any of these was that presented by the challenge of the new science to the old Christian faith»<sup>23</sup> en la que se basaba toda la moral y el moralismo de los escritores realistas. Y en efecto, «la revolución del pensamiento, que se mezcla con elementos disolventes en la literatura, parte de Hegel y llega hasta Comte. Supone el avance de las ciencias, los adelantos técnicos y se conoce con el nombre de positivismo científico»<sup>24</sup>. La palabra «Ciencia», pues, será el marchamo de garantía de la época donde nacerá el naturalismo como actitud literaria, tal vez como reacción no burguesa frente al realismo. «Georguii Plenajov cree que la doctrina del «arte por el arte» nace cuando los artistas sienten una oposición irreducible entre sus aspiraciones y las aspiraciones de la sociedad a la que pertenecen. Para que se produzca, los artistas han de ser muy hostiles a su sociedad y no han de abrigar esperanza alguna de modificarla»<sup>25</sup>. Los naturalistas, en cambio, creen que es posible, y de hecho deben, cambiar la sociedad en que viven, por eso su literatura no es «art pour l'art», sino «arte comprometido» con su aquí y ahora, recuérdese, por ejemplo, la intervención de Zola en el «affaire Dreyfus» con el escandaloso manifiesto «Yo acuso». Pero para cambiar la sociedad, hay que conocerla antes en profundidad, y para tal, los naturalistas usarán del método científico. «¿Por qué la literatura —preguntaba Zola— no ha de convertirse también en una ciencia gracias al método experimental?», los novelistas, pues, «debemos operar sobre los caracteres, sobre las pasiones, sobre los hechos humanos y sociales, como el químico y el físico operan sobre la materia inerte, como el fisiólogo opera sobre los cuerpos vivos... La investigación científica y el razonamiento experimental reemplazan las novelas de pura imaginación por las novelas de observación y experimentación». El naturalista no se conforma, como el realista, sólo con describir lo que ve, va más allá: «observa los «hechos naturales», los estudia, compara y clasifica y de ellos extrae leyes de la conducta humana»<sup>26</sup>; si describe minuciosamente cada situación en la que se desenvuelve un personaje no es por el mero placer de describir, sino porque, como dice Zola, «el hombre no puede ser separado de su medio, que su vestido, su casa, su pueblo, su provincia, le

---

21. BURGESS, A.: «English Literature», Longman Group Limited, London, 1974, pág. 180.

22. Ibid., pág. 180

23. Ibid., pág. 180

24. ALONSO, M.: «Historia de la literatura mundial», EDAF, Madrid, 1969, Tomo II, pág. 412

25. WELLEK, R. & WARREN, A.: «Teoría literaria», Gredos, Madrid, 1974.

26. PUJOL, C.: «Abecé de la literatura francesa», Ed. Planeta, Barcelona, 1976, pág. 116.

completan». Y la investigación es aún más exhaustiva, ya que el novelista también indaga en la circunstancia en que se ha desenvuelto anteriormente cada personaje, pues los naturalistas pensaban que «la herencia y las circunstancias ambientales lo determinan todo»<sup>27</sup>. De ahí que, según ellos, la existencia esté determinada necesariamente en todos y cada uno de sus actos.

El naturalista consigue prodigiosamente volver el arma del análisis, fenómeno en que se basa el ser burgués<sup>28</sup>, contra los propios escritores realistas, es decir, contra la propia burguesía y su propaganda ideológica.

Con esta concepción de la novelística, los naturalistas tienden a «convertir la novela en un anejo de la historia natural y de la medicina»<sup>29</sup>, pero no olvidemos, ya para terminar, que, como había dicho antes su predecesor, Flaubert, para ellos «el gran arte es científico e impersonal»<sup>30</sup>. Y este es el origen de su ser-naturalista comprometido.

### III. EL FACTOR «DETERMINISMO» EN «LA REGENTA».

#### ¿Es «La Regenta» una novela naturalista?

Esta es la cuestión a la que, en última instancia, se pretende contestar en este breve artículo, aunque su tema central aparezca a primera vista, como otro muy distinto. Y esto es así, partiendo del contexto general externo, porque la crítica actual no coincide en sus opiniones, y mientras en unas historias básicas de la literatura —como la de los profesores Martín Alonso y García López<sup>31</sup>— se considera a «La Regenta» como novela naturalista, en otras se afirma que «no es estricta y extremosamente naturalista»<sup>32</sup>. El fondo del asunto radica, y es aquí donde, creo, aparece la disparidad de opiniones, en detectar la existencia de una concepción determinista de la conducta humana.

Si examinamos la cuestión desde un principio, hemos de acordar que esta obra presenta los rasgos de la técnica realista, pero también presenta los rasgos esenciales de la novela naturalista: Primero, la «descripción fotográfica», «Las tan discutidas descripciones detallistas, interpretadas casi siempre en función de su intención naturalista, rara vez resultan superfluas»<sup>33</sup>. Segundo, la exigencia de un carácter científico en la novela. «La Regenta» es una novela puramente psicológica. Importan más los sucesos que transcurren almas adentro que el lance, el episodio exterior, sólo color, sonido o movimiento<sup>34</sup> y sus descripciones «presentan un carácter funcional, sostienen la acción, la engendran incluso, así como el carácter de los personajes»<sup>35</sup>. Tercero, la preferencia por los bajos fondos, rasgo que depende de la perspectiva del crítico, que tomando determinados puntos de vista podría cuestionar si la sociedad vetustense descrita por «Clarín» no constituye un verdadero «bajo fondo», un ambiente de degeneración y «miseria». Aun-

---

27. Ibid., pág. 116

28. Cfr. SARTRE, J-P.: «¿Qué es la literatura?», Ed. Losada, Buenos Aires, 1976, págs. 13-21

29. PUJOL, C.: Op. cit., pág. 115.

30. Ibid., pág. 113

31. Cfr. ALONSO, M.: «Historia Mundial de la Literatura», EDAF, Madrid, 1969, Tomo II, pág. 372 y GARCÍA LÓPEZ, J.: «Historia de la Literatura Española», Vicens-Vives, Barcelona, 1973, pág. 527.

32. DIAZ-PLAJA, G.: «Historia General de las Literaturas Hispánicas», Ed. Vergara, Barcelona, 1969, págs. 120-126.

33. Ibid., págs. 120-126

34. Ibid., págs. 120-126

35. Ibid., págs. 120-126

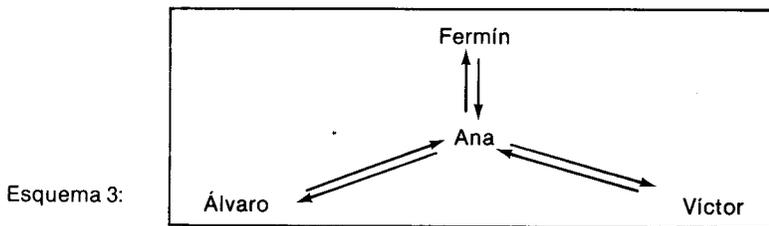
que al analizar este punto también habría de tenerse muy en cuenta que al —llamémosle provisionalmente— «débil» naturalismo hispánico no le era dado hacer ostentosa gala de este tipo de ambientes a causa del ímpetu con que reapareció la «moral casera, llena de prejuicios y convencionalismos»<sup>36</sup> propia del tan conservador y puritano periodo de la «Restauración» (1875-1898): Las circunstancias sociales del naturalismo español son mucho más opresivas que las del francés. Y cuarto rasgo naturalista, la concepción determinista de la existencia humana. En «La Regenta» aparece claramente dibujado el concepto naturalista de determinismo —«La herencia y el medio lo determinan todo»— pudiendo localizarse los tres siguientes tipos básicos: En primer lugar el determinismo de la herencia, que tiene su origen en la antigua teoría de los biotipos matizada —«Quien era recto como espíritu, digámoslo así, debía serlo como físico»<sup>37</sup>— y puesta de moda por, entre otros, Cesare Lombroso, famoso por su teoría de los estigmas de la degeneración:

—«¡Como su madre! —decía (el aya) a las personas de confianza—  
—Improper, improper! ¡Si ya lo decía yo! El instinto..., la sangre...»<sup>38</sup>

En segundo lugar el determinismo del medio ambiente: «Con la lluvia pertinaz, machacona, volvieron antiguas aprensiones repentinas (...) y aquellos cardos que le pinchaban el alma»<sup>39</sup>. Y en tercero, el determinismo del medio social —«Pero ¿y la familia? ¿Y la sociedad? ¿Y la honra?»<sup>40</sup>— cuya esencia en líneas generales expone «Clarín» de forma clara y tajante:

«Foja(...)sostenía que no había moral de ninguna clase(...)que el hombre era un animal de costumbres; que cada cual barría para dentro.  
—Homo homini lupus —advirtió Bedoya(...)  
—Eso es la lucha por la existencia —dijo Joaquinito Orgaz.  
—No hay más que materia —añadió Foja(...)  
—Fuerza y materia —dijo Orgaz padre(...)  
—Materia...y pesetas —rectificó Juanito Reseco(...)»<sup>41</sup>

Con estas breves notas ya se perfila un cierto carácter naturalista en «La Regenta», pero como el fondo de la cuestión está en comprobar si la conducta de los personajes responde a un determinismo, comenzaremos a partir de ahora a analizar en profundidad las de Ana, Don Fermín, Álvaro y Don Víctor, no sin antes exponer la clave de la mecánica de las relaciones existentes entre ellos y que constituyen una típica intriga triangular recíproca:



36. GARCÍA LÓPEZ, J.: Op. cit., pág. 472.

37. ALAS «CLARIN», L.: «La Regenta», Alianza Ed., Madrid, 1974.

38. Ibid., pág. 70. Más ejemplos en págs. 67, 95 y 642.

39. Ibid., pág. 533.

40. Ibid., pág. 486.

41. Ibid., págs. 427-428.

donde las relaciones establecidas son:

Ana-Fermin: Mística.

Fermin-Ana: Carnal, «erotismo místico».

Ana-Álvaro: Carnal.

Álvaro-Ana: Carnal.

Ana-Víctor: Filial.

Víctor-Ana: Paternal.

### Factores que determinan la conducta de Ana Ozores.

«Ana, culpable según las leyes divinas y humanas, no lo era tanto en concepto de Frigilis que mereciera la muerte»

«Clarín»

La Regenta es el personaje que por su inestabilidad psíquica recibe más influencias determinantes del medio exterior. A grosso modo, los tipos de determinismo observables en ellas son:

- 1) Determinismo absoluto.
- 2) Determinismo de causalidad probable.
  - a) Psicológico.
  - b) Del medio ambiente.
    - Clima.
    - Sonidos.
    - Colores.
    - Sensaciones táctiles.

Téngase en cuenta, además, que «un denso contorno social enmarca el conflicto psicológico de Ana Ozores»<sup>42</sup>, pero este determinismo social está presente entre los factores determinantes de la conducta de todos y cada uno de los personajes de la novela, razón por la cual sólo aludiremos a él en los casos en que su acción marque un cambio importante en la conducta de alguno de los sujetos a estudiar.

El desarrollo del determinismo en la conducta de Ana está representado en el Esquema 4, donde se observa la lucha de esta mujer por cumplir las «leyes» establecidas en el AXIOMA I. La clave del cómo y el por qué de las pasiones y aprensiones de la Regenta —y por tanto de su conducta— queda bastante bien sintetizada en la conversación que mantienen Víctor y Benítez y que, aunque es larga, merece ser transcrita, con los oportunos cortes:

«—Doña Ana(...)no estaba enferma(...), lo que tenía se curaba sin más que cambiar de vida; pero no hay enfermedad...(...)Doña Ana es así; extrema..., viva..., exaltada..., necesitaba mucha actividad; algo que la estimule...Necesita...(...)»

—¿Qué necesita?

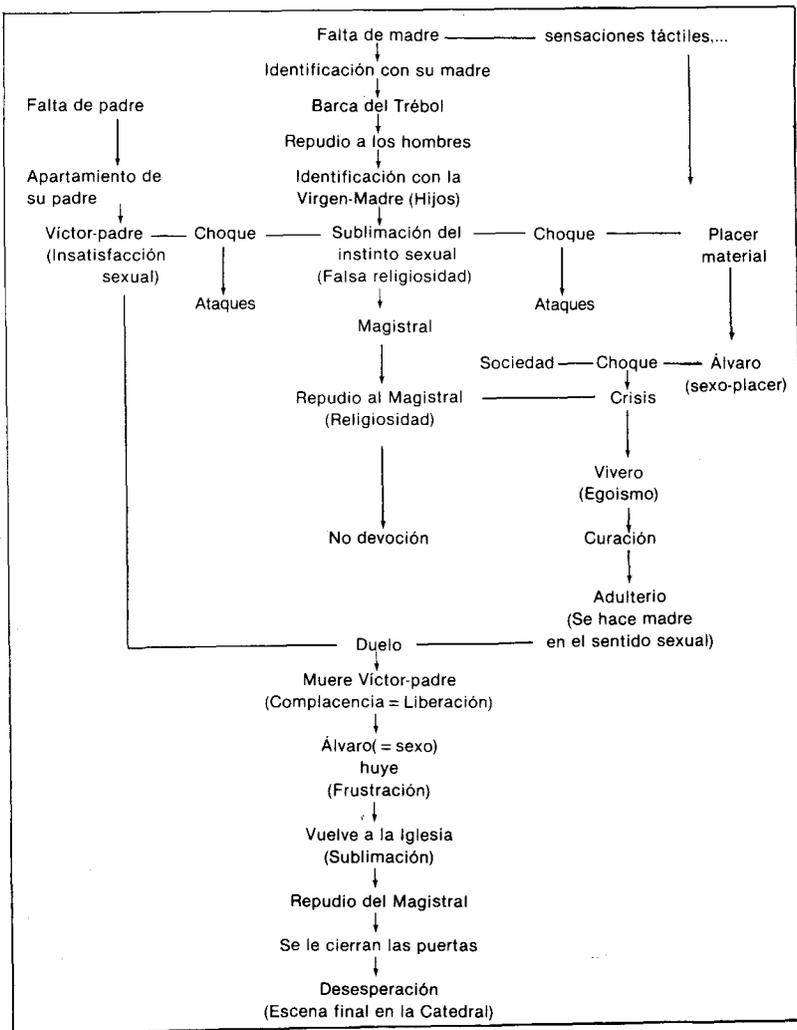
—Eso..., un estímulo fuerte, algo que le ocupe la atención con...fuerza;

---

42. DIAZ-PLAJA, G.: Op. cit., págs. 120-126.

una actividad...grande..., en fin, eso..., que es extrema por temperamento...Ayer era mística, estaba enamorada del cielo; ahora come bien, se pasea al aire libre, entre árboles y flores...y tiene el amor de la vida alegre, de la naturaleza, la manía de la salud...(...)

—¿De modo que usted cree que ayer era devota, exageradamente devota porque..., tal vez había quien influía en su espíritu en cierto sentido?(...)¿De modo que el cambio de Anita se debe...a otra influencia?...Su pasión por el campo, por la alegría, por las distracciones, ¿se debe a... nuevo influjo?(...) ¡Perfectamente! ¡Ubi irritatio... justo, ibi... fluxus! ¡Convencido!Pero aquí el nuevo influjo... ¿dónde está? Veo el otro, el clero, el jesuitismo..., pero, ¿y éste? ¿Quién representa esta nueva influencia..., esta nueva irritatio que pudiéramos decir?...



Esquema 4:

— Pues es bien claro. Nosotros. El nuevo régimen, la higiene, el Vivero..., usted..., yo..., los alimentos sanos..., la leche..., el aire..., el heno..., el tufillo del establo, la brisa de la mañana..., etc.(...)  
— Basta, basta; comprendido: la higiene..., la leche..., el olor del ganado...¡Magnífico!...¡De modo que Ana está salvada!<sup>43</sup>

Analicemos ahora el asunto desde su origen. Porto-Bompiani dice que «La Regenta» es una novela «en la que se fustiga el falso misticismo y la neurastenia vestida de honradez de 'las mujeres que no han cumplido su destino', como escribe R. F. Giusti»<sup>44</sup>. Y esta es la raíz de todo el problema psicológico de Ana Ozores —no cumple la segunda «ley» del AXIOMA I—.

Todo comenzó porque durante su infancia Ana no conoció a su madre. Así, en ella se rompió la urdimbre primigenia, accidente que siempre causa algunos trastornos psicológicos y, por tanto, conductuales en el individuo. De aquí partirá Alas para determinar la conducta de esta mujer mediante una técnica psicológica sutil y magistral: «El engarce de recuerdos, apoyándose en sensaciones y engendrándose unos en otros»<sup>45</sup>. En un principio son, primordialmente, sensaciones táctiles placenteras asociadas con lo maternal-desconocido:

«Apojava la mejilla en la sábana (...) La deleitaba aquel placer del tacto que corría desde su cintura a las sienes»<sup>46</sup>.

«Aquella blandura de los colchones era todo lo maternal con que ella podía contar»<sup>47</sup>.

«Y se dormía ella también, figurándose que era la almohada el seno de su madre soñada»<sup>48</sup>.

Más tarde —también a temprana edad— se dará en ella una asociación de la Virgen, como madre, con su madre, y, posteriormente, ella misma se identificará con su propia madre:

«La heroína de sus novelas de entonces —tenía seis años— era una madre»<sup>49</sup>.

«Somos marido y mujer —decía él (en la barca del Trébol).

—¡Yo soy una mamá!»<sup>50</sup>.

«Se acordó que no había conocido a su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados. 'Ni madre ni hijos'»<sup>51</sup>.

«Era verdad, ella se parecía a la Virgen, a la Virgen de la Silla..., pero le faltaba el niño»<sup>52</sup>.

«¡Un hijo, un hijo hubiera puesto fin a tanta angustia(...)!»<sup>53</sup>.

«¡El niño Jesús! ¡Qué emoción tan dulce despertaba aquella imagen!(...) La necesidad del amor maternal se despertaba en aquella hora de vigilia con una vaguedad tierna, anhelante»<sup>54</sup>.

43. «CLARIN»: Op. cit., págs. 583-584.

44. GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI: «Diccionario de Autores», Ed. Montaner y Simón, Barcelona, 1964.

45. DIAZ-PLAJA: Op. cit., págs. 120-126

46. «CLARIN»: Op. cit., pág. 50.

47. Ibid., pág. 51

48. Ibid., pág. 52. Otro ejemplo en pág. 51.

49. Ibid., pág. 68.

50. Ibid., pág. 53.

51. Ibid., pág. 51.

52. Ibid., pág. 500.

53. Ibid., pág. 501.

54. Ibid., pág. 501.

Pero en el fondo de todo este anhelo y todas estas identificaciones psicológicas no late más que el amor maternal, el instinto maternal y, más atrás aún, el instinto sexual.

En la infancia de Ana fue muy influyente el inocente y desgraciado suceso de la barca del Trébol. Este episodio la hizo repudiar el sexo opuesto debido a los sinsabores que hubo de sufrir. Y así, después de «la nebulosa aventura de la barca del Trébol(...) miraba con desconfianza y hasta con repugnancia moral cuanto hablaba de relaciones entre hombres y mujeres, si de ellas nacía algún placer, por ideal que fuese»<sup>55</sup>. A partir de este triste suceso y de su identificación con la Virgen-Madre, se dará en Ana —ya desde la juventud— una sublimación del instinto sexual hacia la religión. Esta sublimación no es más que una falsa religiosidad cuyo principio radica en la asociación entre la religión y su madre; Ana «lloró sobre las 'Confesiones de San Agustín', como sobre el seno de su madre»<sup>56</sup>. Y después, a efectos de rehuir a los hombres «procuraba olvidar lo que llamaba la tentación, que cada vez era más formidable; y cuanto más temida, más fuerte. Pero huía de ella acogiéndose en la piedad, y visitaba con celo apostólico y ardiente caridad las moradas miserables de los pobres»<sup>57</sup>.

Realmente, en Ana «el misticismo era una exaltación nerviosa»<sup>58</sup>, sólo eso. Ya Fermín le había dicho que su «enfermedad» es «material», no tiene nada que ver con el alma»<sup>59</sup>. Y Ripamillán: «Hija mía, las esposas de Jesús no se hacen de tu maderita(...) La culpa la tiene el romanticismo con sus dramas escandalosos de monjitas que se escapan en brazos de trovadores y capitanes de forajidos»<sup>60</sup>.

La huida de los hombres y la asociación con su madre constituyen el primer estadio de la sublimación. Pero en el psiquismo de Ana, su madre está asociada a las sensaciones placenteras, siendo esto el segundo estadio de la sublimación que, en virtud de otro mecanismo psicológico que explicaremos más adelante, no es sino el retorno a los hombres: Primero se da la asociación con sensaciones placenteras...

Mientras la Regenta oye Misa de Navidad «las dulzuras que le pasaban por el alma, las mieles que gustaba su corazón, o algo que tenía un poco más abajo, más hacia el medio de su cuerpo...»<sup>61</sup>.

Y el segundo, el retorno a los hombres, al sexo...

«Si se paraba a evocar pensamientos religiosos, a contemplar abstracciones sagradas, en vez de Dios se le aparecía Mesía»<sup>62</sup>.

Este último pasaje es esencial, y constituye un curioso mecanismo psicológico que explica Freud con estas palabras: «Tal retorno de lo reprimido debe esperarse con esencial regularidad cuando a las impresiones reprimidas se halla adherido el sentir erótico del individuo; esto es, cuando lo que ha caído bajo el yugo de la represión es su vida amorosa»<sup>63</sup>. Éste es el fenómeno. La forma, singularísima, en que se verifica, como sirviéndose de una astuta traición, es que «precisamente aquello que es elegido como medio de la represión se constituye luego en el portador de lo que retorna. En las fuerzas represivas y hasta en su misma íntima esencia es donde se impone, al fin, victorioso, lo re-

---

55. *Ibid.*, pág. 73. Más ejemplos en págs. 71, 616 y 621.

56. *Ibid.*, pág. 76.

57. *Ibid.*, pág. 464.

58. *Ibid.*, pág. 594.

59. *Ibid.*, pág. 387.

60. *Ibid.*, pág. 98. Otro ejemplo en págs. 592 y 593.

61. *Ibid.*, pág. 469. Otro ejemplo en pág. 598.

62. *Ibid.*, pág. 500. Otro ejemplo en pág. 56.

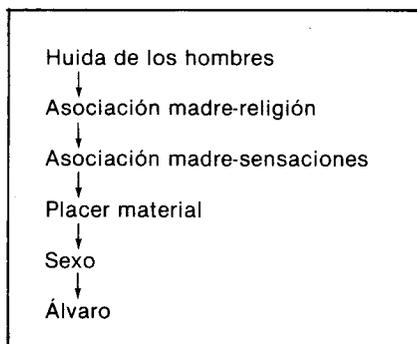
63. FREUD, S.: «**Psicoanálisis del arte**», Alianza, Ed. Madrid, 1973, pág. 135.

primido. Un conocido aguafuerte de Félicien Rops ilustra este hecho(...) El artista ha escogido para su obra el caso típico de represión en la vida de los santos y penitentes. Un ascético monje se ha refugiado a los pies del Redentor, crucificado; pero la cruz va hundándose en sombras, y en su lugar aparece, radiante, la imagen de una bella mujer desnuda, también en actitud de crucificada»<sup>64</sup>.

Así, pues, la religiosidad de Ana es un elemento represivo que la traicionará, y cuando sus relaciones con Álvaro se afiancen, abandonará el misticismo hasta que el objeto sexual también la traicione<sup>65</sup>, como efectivamente le sucede.

Durante esta sublimación religiosa es cuando Ana capta con más agudeza las sensaciones exteriores y cuando éstas influyen más en ella. A este respecto «resulta harto interesante observar(...) la exquisita sensibilidad que en el estado de represión muestra la vida anímica del hombre para la percepción de la proximidad de lo reprimido, y ver cuán ligeras y sutiles analogías bastan para que detrás del factor represivo, y a través del mismo, adquieran efectividad tales elementos»<sup>66</sup>. Obsérvese la mezcla de misticismo, sexualidad y sensaciones que se dan en el psiquismo de la Regenta: Pensaba ella que «en la nueva piedad que buscaba debían tomar parte importante los sentidos. Buscó el olor del incienso, los resplandores del altar y las casullas (...), la misteriosa vaguedad del cántico sagrado(...), las melodías del órgano que hacían recordar en un solo momento todas las emociones duces y calientes de la piedad inmaculada, mezcla de arrullo maternal y de esperanza mística»<sup>67</sup>. Y «volvió su pensamiento a la Madre Dolorosa, y se arrojó a las olas de la música triste con un arranque suicida...(...) quería volver al fuego de la pasión, que era su ambiente»<sup>68</sup>. Esta sublimación es importantísima en su conducta, pues es la máscara que usará en su vida social como mecanismo de defensa. He aquí un esquema del desarrollo de este fenómeno psicológico:

Esquema 5:



La sublimación religiosa de Ana la hace desviar las atenciones de su conducta hacia la persona del Magistral, don Fermín: «Dios ha querido iluminarme otra vez —le decía a De Pas en una carta —; la Virgen, estoy segura de ello, la Virgen quiere que yo le busque a usted, que le llame»<sup>69</sup>. Y también aparecen las sensaciones placenteras influyentes en

64. Ibid., págs. 135-136.

65. Cfr. ibid., pág. 137.

66. Ibid., pág. 136.

67. «CLARIN»: Op. cit., págs 533-534.

68. Ibid., pág. 538. Otro ejemplo —éste de sensaciones olfativas— en pág. 78.

69. Ibid., pág. 543-544. Más ejemplos en págs. 503 y 529.

esta relación Ana-Fermín: recuérdese que la idea de salir en la procesión se le ocurrió a la Regenta en el preciso instante en que se oía música religiosa<sup>70</sup>.

Demos ahora un pequeño giro para analizar otro de los factores que agravan la conducta sublimada de Ana: Sus relaciones con don Víctor Quintanar, su marido.

Si bien la Regenta no tuvo madre, podríamos decir igualmente que tampoco tuvo padre. Éste estaba demasiado ocupado con sus filosofías y sus conspiraciones como para ocuparse de sustituir a su esposa en la educación de la pequeña Ana y la dejó en manos de una lujuriosa y depravada aya llamada doña Camila, que la sometía a todo tipo de represiones, igual que harían más tarde sus tías a la muerte del padre de la pequeña. Así pues, cuando Ana casó creyó que iban a acabar todos sus problemas, pero pronto se dio cuenta de que «hay parejas que se juntan por costumbre, 'por deber', pero se aburren como si cada cual estuviese en un desierto»<sup>71</sup>. Y la Regenta plantea a don Víctor la cuestión clave de su vida:

«—No quisieras tener un hijo, Víctor? —preguntó la esposa apoyando la cabeza en el pecho del marido—.

—¡Con mil amores! —contestó el ex regente buscando en su corazón la fibra del amor paternal. No la encontró; y para imaginarse algo parecido pensó en su reclamo de perdíz, escogidísimo regalo de Frígilis—»<sup>72</sup>.

Víctor, pues, no era mi marido ni, por tanto, posible padre. Y Ana necesitaba un marido, alguien que satisficiera su instinto sexual-maternal, y ese alguien será, frente al marido, Álvaro Mesía:

«—¡Qué colorada está Anita —decía Paco a Visitación—.

—Claro, de un lado la pone así la proximidad de Álvaro.

—¿Y de otro?.

—Del otro la pone así...las majaderías de su esposo, que me está dando jaqueca»<sup>73</sup>.

Y Ana, frente a Álvaro tiende a reprimir la figura de Víctor-padre buscando en Mesía al marido que nunca tuvo. Y aquí vuelve a aflorar de nuevo el Víctor-objeto reprimido, según el mecanismo antes explicado: En cierto momento Ana está pensando en Álvaro, tiene su imagen en la mente, pero poco a poco «fue desvaneciéndose(...), iban destacándose una bata escocesa a cuadros, un gorro verde de terciopelo y oro(...) y al final sobre un fondo negro brilló la respetable figura de su don Víctor Quintanar»<sup>74</sup>. En su estado de sublimación religiosa y casada con un hombre que para ella no es un marido, se da en la Regenta una percepción sensibilísima de todos los estímulos exteriores, que en esas circunstancias actuarán-influirán negativamente sobre su ánimo. He aquí algunos ejemplos notables de éstas influencias:

Influencias generales del ambiente. «Aquel año la tristeza había aparecido a la hora de siempre. Estaba Ana en el comedor. Sobre la mesa quedaban la cafetera de estaño, la taza y la copa en que había tomado café y anís don Víctor(...) Sobre el platillo de la taza yacía medio puro apagado(...) Todo esto miraba la Regenta con pena, como si fuesen ruinas del mundo. La insignificancia de aquellos objetos que contemplaba le partía el alma; se le figuraba que eran símbolo del universo, que era así ceniza, frialdad, un cigarro

---

70. Cfr. *ibid.*, págs. 553-554.

71. *Ibid.*, págs. 568-569. Otro ejemplo en pág. 502.

72. *Ibid.*, pág. 58.

73. *Ibid.*, pág. 518.

74. *Ibid.*, pág. 56.

abandonado a la mitad por el hastiado fumador. Además, pensaba en el marido incapaz de fumar un puro entero y de querer por entero a una mujer. Ella era también como aquel cigarro, una cosa que no había servido para uno y que ya no podía servir para otro»<sup>75</sup>.

**Influencias del clima.** «Con la lluvia pertinaz, machacona, volvieron antiguas aprensiones repentinas, protestas de la voluntad, y aquellos cardos que le pinchaban el alma. ¡Y ahora no tenía al Magistral para ayudarla!»<sup>76</sup>. Y «cada día era mayor la repugnancia de Anita a pisar la calle; la humedad le daba horror, la tenía encogida»<sup>77</sup>.

**Influencias de sonidos tristes (asociadas a las del clima).** «Todos los años, al oír las campanas doblar tristemente el día de los Santos por la tarde, sentía una angustia nerviosa que encontraba pábulo en los objetos exteriores, y sobre todo en la perspectiva ideal de un invierno, de 'otro' invierno húmedo, monótono, interminable»<sup>78</sup>. Y «las campanas comenzaban a sonar(...), Ana se estremeció. Aquellos martillazos estaban destinados a ella(...) No eran 'fúnebres lamentos' las campanadas, como decía Trifón Cármenes(...), no hablaban de los muertos, sino de la tristeza de los vivos, del letargo de todo(...) ¿Qué contaban aquellos tañidos? Tal vez las gotas de lluvia que iban a caer en aquel invierno»<sup>79</sup>.

Durante su periodo de insatisfacción sexual-maternal, Ana será influida negativamente por todas las sensaciones exteriores que Lao Tse denominaba «yin»<sup>80</sup>, es decir: sonidos tristes, colores oscuros, lluvia, frío, humedad,... Más tarde, conforme se aproximaba la satisfacción de esta necesidad —y una vez satisfecha— este tipo de sensaciones externas no influirá ya sobre la Regenta.

Ana, en su falta de cumplimiento de la segunda «ley» del AXIOMA I, llega a una situación extrema en la que los acosos de Álvaro van, necesariamente y por razones obvias, a dar fruto. Su conducta se desvía desde el misticismo hacia la satisfacción sexual-maternal mediante un mecanismo de sumo interés: Mientras oye las campanas el día de los Santos, aparece Mesías montado a caballo —símbolo del sexo según Freud— y se establece en el psiquismo de Ana una comparación entre Álvaro y Fermín. Ésta, determinada por todo lo antes dicho, elige a Álvaro, y entonces «sintió un soplo de frescura en el alma»<sup>81</sup>.

Álvaro despierta en Ana el placer —asociado a su madre y a la cuestión de la maternidad —«en unas honduras del alma, o del cuerpo, o del infierno... a que no llegaban las suaves pláticas de misticismo y fraternidad de que se seguía gozando en compañía de aquel señor canónigo»<sup>82</sup>. Es más, «si alguna vez le sobrecogía la idea de perder a don Álvaro, temblaba horrorizada, como en otro tiempo cuando temía perder a Jesús»<sup>83</sup>.

En estas circunstancias, las sensaciones externas influirán positivamente-placenteramente sobre Ana. He aquí algunas de estas influencias:

**Influencias de las sensaciones musicales.** «Como una música lejana, dulcísima en su suavidad, recordaba todo los pormenores de la declaración amorosa de Mesías...»<sup>84</sup>.

---

75. *Ibid.*, págs. 323-324.

76. *Ibid.*, pág. 533.

77. *Ibid.*, pág. 378. Otro ejemplo en pág. 375.

78. *Ibid.*, pág. 189.

79. *Ibid.*, pág. 324. Otro ejemplo sobre la influencia de las campanas en pág. 331.

80. Cfr. LAO ZI: «*El libro de Tao*», Alfaguara, Madrid, 1978 y WILHEM, Richard: «*El Ching*», EDHASA, Barcelona, 1978. Para un texto más asequible al lector cfr. WILHELM, R.: «*La sabiduría del I Ching*», Punto Omega, Barcelona, 1977.

81. «CLARIN»: Op. cit., pág. 332. Otro ejemplo en pág. 603.

82. *Ibid.*, pág. 499. Más ejemplos en págs. 475, 515 y 647-648.

83. *Ibid.*, pág. 614.

84. *Ibid.*, pág. 599. Más ejemplos sobre la música en págs. 55 y 595.

Influencia de las sensaciones táctiles. Ana está en el campo recogiendo cerezas y las acaricia en las cestas con voluptuosidad. Al tocar la cesta destinada a Mesía «Ana sintió que su mano temblaba sobre las cerezas y aquel contacto le pareció de repente más dulce y voluptuoso»<sup>85</sup>.

Influencia de las sensaciones visuales: «Siguió viéndolo en su cerebro —a Mesía— y se le antojó vestido de rojo, con un traje muy ajustado y muy airoso(...) Estaba el enemigo muy hermoso, muy hermoso»<sup>86</sup>. Obsérvese que imagina a Álvaro vestido de rojo, y este color, según Lüscher, tiene como aspectos afectivos la apetencia, la exitabilidad y la sexualidad<sup>87</sup>, dato que confirma nuestra opinión sobre este asunto.

La conducta de la Regenta y su deseo por Álvaro chocan con la sociedad vetustense, teñida de puritarismo, que influye grandemente en un espíritu débil como el suyo, y Ana sufre una crisis de salud que le obliga a tomar una cura de reposo en el Vivero. Los «ataques» que sufre la señora de Quintanar no son más que eso, el resultado del choque de su persona con las circunstancias adversas»<sup>88</sup>. Y es por entonces cuando Ana comienza a repudiar a De Pas, pues, además de lo antes dicho, ahora sabe que «don Fermín la quería para sí...»<sup>89</sup>; es decir, que se aleja del objeto de la represión cuando éste le pone al descubierto el objeto reprimido. «La pasión, que ahora halagaba con su nueva vida(...), le sugería sofisma tras sofisma para encontrar repugnante, odiosa, criminal, la conducta del Provisor, y noble, caballeresca, la de Mesía»<sup>90</sup>.

«Y ahora sí la imagen de don Álvaro se le presenta risueña, elegante, fresca y viva. 'Al fin aquello estaba dentro de las leyes naturales y sociales..., a lo menos era cosa menos repugnante..., menos ridícula; no, lo que es ridículo, nada..., ¡pero un canónigo!'»<sup>91</sup>.

Además, como refuerzo a esta conducta, la salud de la Regenta estaba muy quebrada, y ella asociaba esto a los sacrificios religiosos a que había sometido su cuerpo y su alma, con lo cual su repudio por Fermín —y, por consiguiente, su acercamiento a Mesía— crecía por momentos<sup>92</sup>.

«Mas nosotros, en el consejo de nuestro ánimo —decía Luis Vives—, acogemos el amor de nuestro cuerpo, y dejada la razón, tomamos por consejera la codicia de las cosas desta vida que otros llaman amor nuestro. Este es el que debilita(...) los ánimos(...) y los entenece tanto, que no hay cosa tan pequeña ni tan flaca que no los hiera y los llague, y pase (como dicen) de una parte a otra de las entrañas.

»De aquí viene la ceguedad a la vista de nuestro entendimiento; y cuando ya una vez comienzan las pasiones a reinar, luego (como señoras) las tratamos bien, las regalamos, hasta que del todo venimos a obedecerlas»<sup>93</sup>.

Efectivamente, llega un momento en el que la Regenta ve peligrar su vida y se dedica con pasión a recuperar la salud —AXIOMA I—. A partir de ahora su comportamiento estará muy relacionado con la consecución de la salud perdida. Hasta tal punto esto va a

---

85. *Ibid.*, pág. 576.

86. *Ibid.*, pág. 499.

87. LÜSCHER, M.: *Op. cit.*, pág. 25.

88. «CLARIN»: *Op. cit.*, págs. 519, 520 y 614.

89. *Ibid.*, pág. 529-530.

90. *Ibid.*, pág. 595.

91. *Ibid.*, pág. 595.

92. *Cfr. ibid.*, págs. 594 y 604.

93. VIVES, L.: «Introducción a la sabiduría», Compañía General de Artes Gráficas, S.A., Madrid, 1930, págs. 72-73.

ser determinante en su conducta que ya no le afectarán las sensaciones y los elementos del medio ambiente con la misma fuerza que antes, durante su estado de sublimación religiosa e insatisfacción sexual. Todas estas reacciones van, por supuesto, encaminando los acontecimientos hacia un pronto adulterio.

«En aquel tiempo la Regenta hubiera mirado esto —la señora de Quintanar se refiere a una pequeña «contrariedad» en su vida conyugal— como una desgracia suya, que le mandaba ex profeso el destino para ponerla a prueba»<sup>94</sup> dice a Benítez en una carta enviada desde el Vivero.

«¿Que se me conoce que tengo buen humor? También es verdad. Me lo da la salud»<sup>95</sup>. Esta vez la carta es a Vegallana.

«A Dios gracias, estos miedos al qué dirán ya han pasado. La salud me ha hecho más independiente»<sup>96</sup>; escribió en su diario estando ya recuperada.

«La Regenta, sin notar las gotas de agua en el rostro, o encontrando deliciosa aquella frescura, oía por primera vez en su vida una declaración de amor»<sup>97</sup>.

Una vez recuperada totalmente la salud, Ana ya no siente sobre sí las influencias que determinaban su comportamiento. Ya no influye en ella el clima negativamente, como lo hiciera otrora:

«Llueve, son las cinco de la tarde y ha llovido todo el día. In illo tempore, me tendría yo por desgracia sin más que esto. Pensaría en la pequeñez —y la humedad— de las cosas humanas, en el gran aburrimiento universal, etc... Y ahora encuentro natural y hasta divertido que llueva(...) Además, aquí en el campo, la lluvia es música»<sup>98</sup>. «Llueve todavía. No importa. Todo el diluvio no me arrancaría hoy un gesto de impaciencia»<sup>99</sup>.

La música, que antes, si era triste, la deprimía y le hacía decaer el ánimo, ya no tiene efecto alguno sobre ella:

«Petra tañía la trompeta quejumbrosa, y yo sentía lágrimas dulces dentro de mi pecho... y la vaga esperanza volvía a iluminar mi espíritu. Cuanto más triste la lengüeta de la trompa, más esperanza; más alegría dentro de mí. Todo esto es salud, nada más que salud»<sup>100</sup>.

Y si la música es alegre ya no le sugiere ideas quijotescas como cuando era víctima de la alineación religiosa producida por la sublimación sexual que sufría:

«Y sin embargo hay horas en que las vibraciones de las cosas me hablan de una música recóndita de ideas y sentimientos. ¿Qué es esta esperanza de un bien incierto?»<sup>101</sup>.

Y otro tanto igual le sucede con los colores luminosos y la luz, a los que, igual que la música, identificará con salud y goce<sup>102</sup>.

---

94. «CLARIN»: Op. cit., pág. 566.

95. Ibid., pág. 567.

96. Ibid., pág. 568.

97. Ibid., pág. 597.

98. Ibid., pág. 568.

99. Ibid., pág. 569.

100. Ibid., pág. 575.

101. Ibid., pág. 574. Más ejemplos en págs. 568 y 569.

102. Cfr. ibid., págs. 573 y 528.

Cuando la Regenta finaliza su convalecencia en el Vivero tiene dos caminos a seguir: O vuelve a convertirse en una beata —dando de lado a todo placer y a su identificación con su madre, amén del AXIOMA I— o sigue adelante con su «destino» —en palabras de Giusti— y comete adulterio con Mesía. Ana está muy desengañada de la religión —personificada para ella en la figura del Magistral, que sufre a la sazón un proceso de repudio— y se siente sin devoción alguna: «Ello fue que la devoción antigua no volvió, que la fe se desmoronaba, que las antiguas teorías que sin darse entonces cuenta de ellas había oído a su padre, Ana las sentía dentro de sí»<sup>103</sup>. A esto hay que añadirle que para ella, en estos momentos, religión significa pérdida de la tan preciosa salud recién recuperada, como le da a entender a Vegallana en su carta: «¿Que rezo poco? Es verdad. Pero tal vez es demasiado para mi salud. ¡Si yo dijera a Quintanar o a Benítez el daño que me hace, sana y todo, repetir oraciones!...»<sup>104</sup>.

Y todos estos pensamientos ven la luz y determinan su conducta porque «para lo único que le quedaba un poco de conciencia(...) era para comparar las delicias que estaba gozando con las que había encontrado en la meditación religiosa. En esta última había un esfuerzo doloroso, una frialdad abstracta, y en rigor algo enfermizo, una exaltación malsana; y en lo que estaba pensando ahora ella era pasiva, no había frialdad, no había más que placer, salud, fuerza, nada de abstracción, nada de tener que figurarse algo ausente, delicia positiva, tangible, inmediata, dicha sin reserva, sin trascender a nada más que a la esperanza de que durase eternamente. 'No, por allí no se iba a la locura'»<sup>105</sup>.

Lógicamente, Ana cae en el adulterio, y lo hace buscando el placer sexual que nunca había tenido antes. Se convierte así en madre —en el sentido sexual— identificándose totalmente con su propia madre, fuerte necesidad psicológica de la Regenta que se ve satisfecha mediante este acto.

El adulterio es descubierto por Víctor, el cual se bate en duelo y muere.

La muerte de Quintanar es vista por Ana como liberación de la única traba que le impedía unirse a Mesía: su marido. La ex-señora de Quintanar ve, por supuesto, el resultado del duelo con una cierta complacencia. «Y este mismo placer, esta complacencia egoísta que ella no podía evitar, que la sentía, aún repugnándole sentirla»<sup>106</sup>, fue la misma que sintió cuando murió su padre<sup>107</sup>, confirmándose de esta forma la idea de que Víctor no era para su esposa sino un padre, y nada más.

Ana cree que ya tiene el camino libre para conseguir la felicidad, pero Mesía huye y la deja abandonada. La Regenta pierde entonces el objeto reprimido, el sexo, y queda sin la posibilidad de conseguir la identificación plena con su madre y, al fin, sin la posibilidad de cumplir la segunda «ley» del AXIOMA I.

La respuesta de Ana, ahora, es la señalada por Freud cuando el objeto reprimido trahiona al sujeto: La regresión al objeto represor.

Y en efecto, «una mañana despertó pensando que aquel año no había cumplido con la Iglesia. Además, ya podía salir de su caserón triste para ir a misa»<sup>108</sup>. «Quería entrar al Magistral de aquellos días en que ella le juzgaba el emisario de Dios»<sup>109</sup>. Y «como quien

---

103. Ibid., pág. 570. Más ejemplos en págs. 534, 567 y 569.

104. Ibid., pág. 566.

105. Ibid., pág. 597.

106. Ibid., pág. 667.

107. Cfr. Ibid., pág. 82.

108. Ibid., pág. 673.

109. Ibid., pág. 675.

vuelve a la patria, Ana sintió lágrimas de ternura en los ojos(...) Aquel olor singular de la catedral, que no se parecía a ningún otro, olor fresco y de una voluptuosidad íntima, le llegaba al alma, le parecía música sorda que penetraba en el corazón sin pasar los por oídos. ¡Ay si naciera la fe! ¡Si ella pudiese llorar como un Magdalena a los pies de Jesús!»<sup>110</sup>.

Pero es ahora De Pas quien la repudia a ella. La Regenta, pues, ya no tiene el antiguo objeto reprimido —el sexo— y acaba de perder el antiguo objeto represor —la religión, personificada en el Provisor—. Como consecuencia cae en un grave estado de desesperación que la hace perder el sentido y desplomarse en la capilla del Magistral.

Estando semiinconsciente, el repugnante Celedonio la besa, y Ana, al volver en sí y comprender lo sucedido, siente una náusea incontinente: ¡Ha sufrido una regresión psicológica infinitamente mayor que la recién acabada —cuando quiso volver al misticismo—: Ha vuelto al estado psicológico en que quedó después de la aventura de la barca del Trébol: El repudio feroz a los hombres, unido de nuevo a las primitivas sensaciones «yin» que actuaban negativamente sobre ella: «Ana volvió a la vida rasgando las tinieblas de un delirio que le causaba náuseas. Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo»<sup>111</sup>.

Y lo que es más grave: Ha regresado al estado psicológico de sus diez años sin haber cumplido lo que motivó toda su conducta:

«—¡Yo soy una mamá!».

#### **Factores que determinan la conducta de Fermín de Pas.**

«Álvaro, la encarnación de su ideal discretamente disimulado de autocomplacencia mundana»

D. L. Shaw

Fermín puede ser definido psíquicamente como un neurótico, ya que en su conducta aparecen gran cantidad de síntomas de neurosis incoercible<sup>112</sup> tales como presencia de obsesiones, sensación de inseguridad, sensación de duda, complejo de superioridad o ansia de ésta, etc. Un neurótico, en el fondo, no es sino una persona que no está a gusto con nada a su alrededor por la sencilla razón de que no está a gusto consigo misma, y el Magistral es así. No obstante la conducta del Provisor no la podemos explicar sólo en términos de neurosis, pues caben en ella multitud de matizaciones que no siempre han de ser causa o efecto de la psicastenia.

En líneas generales se pueden observar en De Pas los siguientes tipos de determinismo:

- 1) Determinismo absoluto.
- 2) Determinismo de causalidad probable.
  - a) Psicológico.
  - b) Del medio social (= Presión social).

110. Ibid., pág. 674. Recuérdese a este respecto el tema del ya citado aguafuerte de Félicien Rops.

111. Ibid., pág. 676.

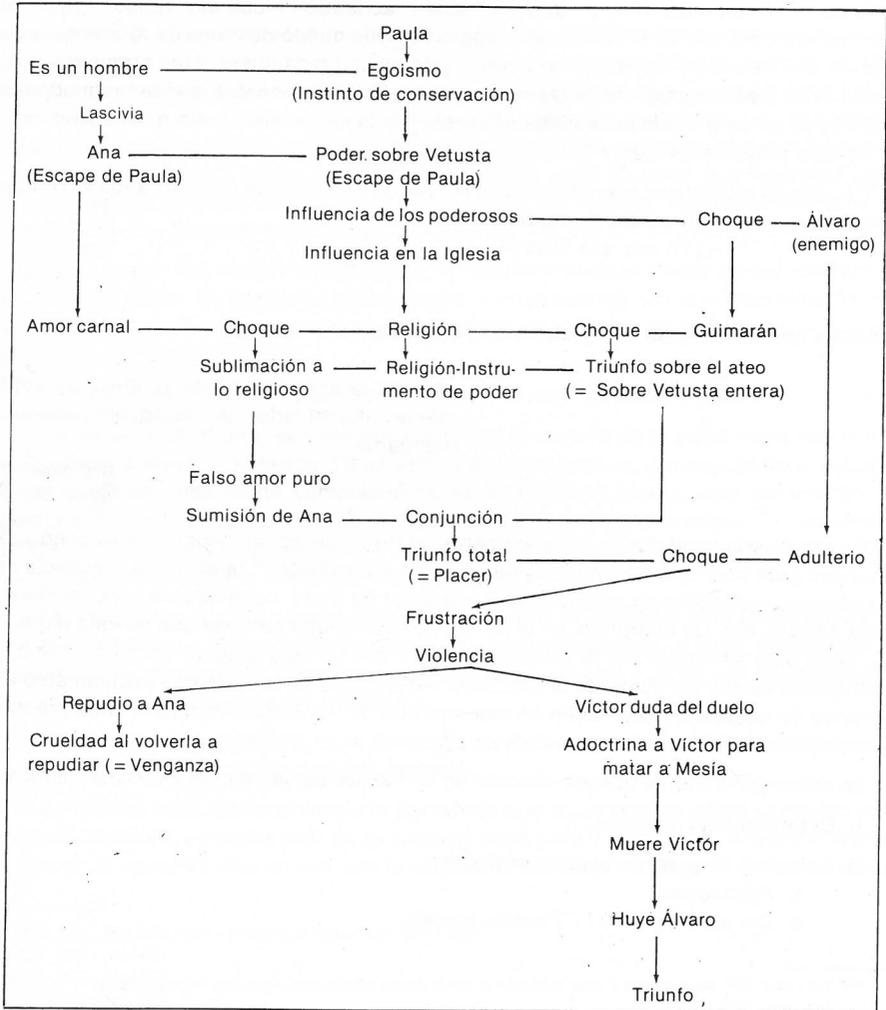
112. Para todo lo referente a este tipo de neurosis cfr. BAÑUELOS, M. «Manual de Patología Médica», Ed. Científico Médica, Barcelona, 1939, Tomo II, págs. 445-450.

113. «CLARIN»: Op. cit., pág. 219.

En Fermín el determinismo del medio social prepondera sobre el psicológico, aunque hay también que aceptar la existencia, un tanto más débil, del proceso inverso.

Si bien Ana Ozores era una persona influenciada por muchos factores externos, el Magistral —influido casi únicamente por el medio social— es de más compleja psicología, pues aquella, aún no pareciéndolo, es una persona psíquicamente sana y éste no. El problema de Ana era de base: Cumplir el AXIOMA I, el del Provisor no es tan «simple»: Busca conseguir su plena liberación psíquica y social —por supuesto, también encaminada a cumplir el AXIOMA I—.

El desarrollo del determinismo en Fermín de Pas está representado en el Esquema 6, donde es observable su inmadurez psíquica, causante de todas sus frustraciones:



Esquema 6:

La raíz de todo el problema psicológico de Fermín está en la influencia tiránica a que lo somete su madre. Doña Paula es una mujer que ha luchado mucho en la vida y no tiene la más mínima intención de perder la posición social que ha conseguido a base de sacrificios. Y ella sabe que la única forma de mantenerla es mediante el dinero y el poder. Pero lo primero se ha montado el monopolio de «La Cruz Roja» y para lo segundo actúa despóticamente sobre su hijo a fin de que éste consiga lo que ella considere necesario para su dominio. Doña Paula, indudablemente, no actúa así sobre su hijo por nada parecido al sadismo, sino, al contrario, por amor maternal, pero siguiendo su propio concepto del amor.

De Pas, lógicamente, no ve aquí amor, sino tiranía<sup>113</sup>, y aunque confiesa seguir bajo ese yugo porque le debe a su madre todo lo que es, en realidad lo hace por:

- 1) Fijación materna
- 2) Egoísmo.

La fijación materna tuvo su origen en que Fermín perdió a su padre a temprana edad y sólo le quedó un progenitor que influyese —absorbentemente, por demás— sobre su persona: Su madre. Pero ésta, a causa de los reveses sufridos en la vida, actúa despóticamente sobre su hijo educándole para un mundo en el que se lucha por la supervivencia. «Tales condiciones filicidas constituyen un componente constante en los progenitores humanos y su intensidad cualitativa, ejercida sobre el hijo, crea las restricciones a las pautas de libertad del mismo»<sup>114</sup>. «Sucede así que hombres, por ejemplo, que creen haber superado su primera dinámica familiar, que piensan, porque así lo desean, haber trascendido su fijación en los personajes familiares: padre, madre, hermanos..., caen sorprendentemente en relaciones —matrimonios, noviazgos, amistades, situaciones profesionales— que, bien analizadas, no son sino una repetición de la primitiva situación familiar»<sup>115</sup>.

El egoísmo también juega un importante papel en sus relaciones con Doña Paula, «el instinto de conservación le obliga a secundar los planes de su madre»<sup>116</sup>, aunque por otra parte intentaba justificar esta «sociedad» establecida con ella: «¿Y cómo romper aquellas cadenas? A ella se lo debía todo. Sin la perseverancia de aquella mujer, sin su voluntad de acero que iba derecha a un fin rompiendo por todo, ¿qué hubiera sido de él? Un pastor en las montañas o un cavador en las minas»<sup>117</sup>.

Por parte del egoísmo no hay problema en Fermín para acatar las imposiciones tiránicas de la madre, pero, por otro lado, necesita un escape, algo que afloje la tensión de sus relaciones con doña Paula, y ese algo va a ser su ambición de poder, de mandar sobre los demás, de ser él el que esté arriba, al menos en algún terreno. Y ese terreno va a ser su dominación religiosa sobre la ciudad de Vetusta. «Vetusta era su pasión y su presa»<sup>118</sup>, «una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él sólo»<sup>119</sup> porque él «ahora no era más que un egoísta, no vivía más que para su pasión»<sup>120</sup>.

Es sabido que «el hijo que trata de escapar de la órbita de una madre absorbente crea

---

114. GARCÍA PÉREZ, A.: «Usted está haciendo de su hijo un fascista», «Cuadernos para el diálogo», n° 250, 2ª época, 11-17 de febrero de 1978, pág. 28.

115. *Ibid.*, pág. 28.

116. «CLARIN»: op. cit. pág. 419.

117. *Ibid.*, pág. 219.

118. *Ibid.*, pág. 14.

119. *Ibid.*, pág. 15.

120. *Ibid.*, pág. 483.

una nueva familia en torno a una esposa absorbente por él escogida»<sup>121</sup>. Y ese proceso se da en el Magistral: Huyendo de la total tiranía materna establece unas relaciones absorbentes con una «esposa» llamada Vetusta, que llegará a ser su pasión por constituir un escape de doña Paula.

Para conseguir ese pleno poder sobre la ciudad Fermín sabe que ha de influir sobre los nobles, sobre los habitantes de la Encimada, que, al fin y al cabo, son los que mandan en Vetusta. De esta manera, «visitaba poco a las personas que no podían o no querían servirle a sus planes de propaganda»<sup>122</sup>. «Además, el Magistral no era místico; lo menos que se podía pensar de él era que se proponía ganar a las señoras de categoría para adquirir más influencia»<sup>123</sup>. Otro tanto hacía en los círculos eclesiásticos de la ciudad y así había conseguido un máximo dominio en el Palacio Arzobispal y en el Obispado.

Atendamos ahora a otro aspecto influyente en la conducta del Provisor: La sexualidad. Fermín, a pesar de ser clérigo, se siente también hombre. El papel de religioso no lo tiene por propia voluntad, es otra de las imposiciones maternas. Su neurosis, en este caso, más que desviarle, lo que hace es acercarle a cumplir el determinismo absoluto establecido por el AXIOMA I al hacerlo rebelarse contra las influencias sociales y religiosas que marcan para él una total abstinencia sexual<sup>124</sup>. «Pensaba además que su madre al meterle por la cabeza una sotana le había hecho tan desgraciado, tan miserable, que él era en el mundo lo único digno de lástima(...) 'Sí, él era como un eunuco enamorado'»<sup>125</sup>. A él «aquella sotana le quemaba el cuerpo (Se la quita y se viste de cazador). Se miró al espejo. 'Aquello ya era un hombre'»<sup>126</sup>. Llegando incluso a desear: «(...)y arrojar yo la máscara, y la ropa negra, y ser quien soy, lejos de aquí donde no lo puedo ser: sí, Anita, sí, yo era un hombre, ¿no lo sabías?»<sup>127</sup>.

A raíz de todo esto, en Fermo se desarrolla una lascivia que ha de ser clandestina a causa de su oficio, pero que actúa sobre él con pleno poder<sup>128</sup>. Y fija su atención en Ana; primero, porque es la esposa de uno de los influyentes de la ciudad; y segundo, porque es la mujer más hermosa de Vetusta. Pero paulatinamente se desarrolla en él una atracción carnal por la Regenta que lo hará casi enfrentarse abiertamente con Mesía, el cual le disputaba esta otra presa, tanto más codiciada por Fermín cuanto más envidiada era ésta por todos los vetustenses y cuya posesión sería de su mo goce para su yo neurótico. «De Pas sentía que lo poco de clérigo que quedaba en su alma desaparecía»<sup>129</sup>, vivía con «la esperanza de saciar su amor sin miedo de testigos; solo, sólo él con un cuerpo adorado»<sup>130</sup>; mostrando celos al ser mayor la oposición de Álvaro y llegando Ana a darse cuenta: «Sí(...), ese hombre... tiene celos, celos de amante...»<sup>131</sup>.

Pero el Magistral no va a poder saciar su instinto sexual porque «estaba atado por todas partes»<sup>132</sup>, pero...«¿quién le tenía sujeto? El mundo entero...veinte siglos de religión,

---

121. GARCIA PÉREZ, A.: Op. cit., pág. 48.

122. «CLARIN»: Op. cit., pág. 48.

123. Ibid., pág. 594.

124. Sería cuestión de estudiar más a fondo si la neurosis, como desviación del desarrollo psíquico, no es más que un mecanismo extremo para cumplir, en todos los casos, el AXIOMA I.

125. Ibid., pág. 625.

126. Ibid., pág. 650. Otro ejemplo en pág. 211. El párrafo entre paréntesis es nuestro.

127. Ibid., pág. 648.

128. Cfr. ibid., pág. 647.

129. Ibid., pág. 559.

130. Ibid., pág. 525. Otro ejemplo en pág. 543.

131. Ibid., pág. 594. Otro ejemplo en pág. 588.

132. Ibid., pág. 650.

millones de espíritus ciegos»<sup>133</sup>.

Se produce el inevitable choque con la Iglesia y las creencias religiosas, junto con las convenciones morales de la sociedad, y no le queda más remedio que sublimar ese amor carnal en amor religioso cayendo en el «erotismo místico» e intentando autoengañarse: «Él estaba seguro de que nada tenía que ver lo que él sentía por Ana con la vulgar satisfacción de apetitos que a él no le atormentaban»<sup>134</sup>.

Esta sublimación se lleva a cabo porque de satisfacer su sexualidad perdería su instrumento de dominio en Vetusta: La religión. Y el dominio es su primera y principal pasión.

A causa de su amor por Ana surge un conflicto: Álvaro se le opone. Y se le opone actuando en su propio ambiente —el casino— sobre don Pompeyo Guimarán, «ateo oficial» de la villa. Mesía consigue que el ateo se enfrente con De Pas en el plano religioso, pero éste triunfa al pedir Guimarán confesión en trance de muerte.

Tal victoria no es sólo sobre Guimarán, sino también sobre su enemigo Álvaro y sobre Vetusta entera. Esto, unido a la total sumisión en la que tiene a Ana, le da el triunfo absoluto sobre la sociedad en que vive: Ya ha conseguido satisfacer su primera pasión: Dominar sobre Vetusta.

Pero algo va a turbar sus mieles: Su súbdita Ana —objeto de próxima satisfacción, sexual, en este caso— lo traiciona: Comete adulterio con Mesía.

Tras su arrollador triunfo, una frustración de ese tipo es fatal para Fermín, que reacciona como es típico en la frustración: Violentamente. Pero con una violencia salvaje y refinada que, en un principio lo hace, inclusive, considerar la posibilidad de matar a Álvaro: «Mato porque yo había respetado el cuerpo de esa infame para conservar su alma, y ella, prostituta como todas las mujeres, me roba el alma porque no le he tomado también el cuerpo...»<sup>135</sup>. Estos pensamientos no quedan sólo en su cabeza, sino que los pone en práctica para llevar a cabo su venganza: Cuando Víctor duda de batirse en duelo con el adúltero y está casi dispuesto a perdonar, aparece el Magistral y le pone ante los ojos la cuestión —esencial para el marido engañado— del honor. Entonces éste decide batirse y muere en duelo. Álvaro huye a Madrid —con el duro golpe que esto representa para la Regenta—. Don Fermín obtiene su triunfo de nuevo: Se ha vengado del burlador, y siente un inmenso placer porque él se considera el verdadero marido de Ana «y no aquel idiota —Víctor— que aún no había matado a nadie»<sup>136</sup>.

Pero su inmadurez psíquica le pide ahora venganza sobre Ana. Ésta pasaba por muy duras circunstancias emocionales. Repudiada por todos —excepto por Frigilis— siente un día la necesidad de ir a la catedral a cumplir con la Iglesia y «hacer las paces» con el Magistral. Pero Fermín, haciendo gala de su refinada crueldad que, en tales circunstancias, sólo puede nacer de lo más profundo del dolor del alma, la repudia dejándola abandonada sin sentido en la capilla al quitarle el único refugio que le quedaba a la Regenta: La religión: «El Magistral se detuvo. Cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar ni quería. Temblábale todo el cuerpo; volvió a extender los brazos hacia Ana..., dio otro paso adelante..., y después, clavándose las uñas en el cuello, dio media vuelta, como si fuera a caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla»<sup>137</sup>.

---

133. *Ibid.*, pág. 625.

134. *Ibid.*, pág. 444. Otros ejemplos en págs. 474, 451 y 618.

135. *Ibid.*, págs. 646-647.

136. *Ibid.*, pág. 646. Otro ejemplo en pág. 625. El paréntesis es nuestro.

137. *Ibid.*, pág. 676.

## Factores que determinan la conducta de Álvaro Mesía.

«El físico del genuino Don Juan  
confirma su indecisa varonía»

Gregorio MARAÑÓN.

Álvaro Mesía no es más que un Don Juan, pero no un Don Juan cualquiera, sino «un Don Juan desdonjuanizado a fuerza de positivismo»<sup>138</sup>; «Nada, nada, fuerza y materia, no hay más que eso,' pensaba»<sup>139</sup>.

Pero Mesía no es sólo un Don Juan, sino también el Presidente del Casino y el Presidente del Partido Dinástico de Vetusta, es decir, un hombre de poder, un individuo predominante que influye en la sociedad, pero al que también le influye el grupo social.

A grandes rasgos, los tipos de determinismo que se pueden observar en su conducta son:

- 1) Determinismo absoluto.
- 2) Determinismo de causalidad probable.
  - a) Psicológico.
  - b) Del medio social (= presión social).

Toda su conducta queda reflejada en el Esquema 7, donde podemos observar que el origen de su comportamiento está, por un lado, en la influencia que el grupo ejerce sobre él y, por otro, en su inmadurez sexual.

Decía Marañón que «las actitudes del hombre frente al amor son siempre las mismas, y oscilan como un péndulo entre dos gestos extremos, que invariablemente se repiten: O el amor se conquista y se sublima, o el amor se regala y se profana»<sup>140</sup>. Y Mesía opta por profanarlo: Era «un hombre que se creía principalmente político y era un seductor de oficio»<sup>141</sup>. Álvaro es un vanidoso que se da al antiguo oficio de Don Juan porque es una forma fácil para su carácter de ser admirado por su sociedad, además de que en sus correrías cuenta con la aprobación y el aplauso de los miembros del Casino, muchos de los cuales son nobles de la Encimada.

«Don Juan vive obsesionado por las mujeres y corre de una en otra, sin detenerse en ninguna de ellas; y no porque ninguna le satisfaga, sino porque el instinto rudimentario de Don Juan se satisface con cualquiera de esas mujeres»<sup>142</sup>. Mesía es «un egoísta incapaz de amar de veras a los demás»<sup>143</sup>, le sucede igual que a Don Juan, que «es incapaz de amar, aunque sea temporalmente, a un tipo fijo de mujer. Busca a la mujer como sexo»<sup>144</sup> y no como mujer. De esta última afirmación se deduce un aspecto interesante en la psicología de Don Juan: «Posee un instinto inmaduro, adolescente, detenido frente a la atracción de la mujer en la etapa genérica y no estrictamente individual, que es la perfecta. Ama a las mujeres pero es incapaz de amar a la mujer»<sup>145</sup>.

138. DIAZ-PLAJA: Op. cit., págs. 120-126.

139. «CLARIN»: Op. cit., pág. 423.

140. MARAÑÓN, G: «Don Juan», Espasa-Calpe, Madrid, 1942, pág. 71.

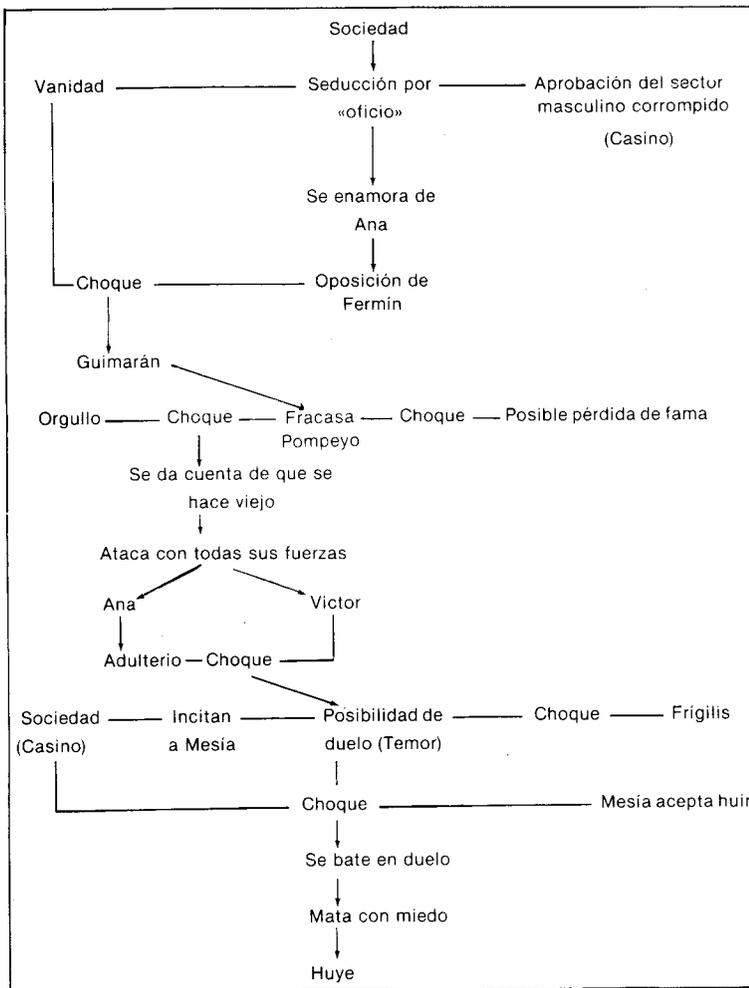
141. «CLARIN»: Op. cit., pág. 622.

142. MARAÑÓN: Op. cit., pág. 75. Además, cfr. «CLARIN»: Op. cit., págs. 429-430.

143. «CLARIN»: Op. cit., pág. 666.

144. MARAÑÓN: Op. cit., pág. 76.

145. Ibid., pág. 81.



Esquema 7:

Los donjuanes siempre han sido individuos transhuñantes, «éste es el sentido del hecho observado desde siempre, de la gran abundancia de donjuanes en el Cuerpo Diplomático»<sup>146</sup>. Don Álvaro, además de ser un político, carece de todo arraigo, hasta tal punto que no tiene una vivienda propia: Vive desde hace años en una fonda que «Clarín» apenas si nos esboza en la novela<sup>147</sup>. «Otro rasgo propio del instinto donjuanesco —y del que no carece Mesía— es la ostentación escandalosa y deliberada de sus éxitos amorosos, la exageración de estos e incluso la invención»<sup>148</sup>.

146. *Ibid.*, pág. 79.

147. Cfr. «CLARÍN»: *Op. cit.*, págs. 520 y 613.

148. MARAÑÓN: *Op. cit.*, pág. 80.

Todo estos rasgos característicos del Don Juan nos dan el siguiente cuadro psicológico de Mesía, bajo cuya óptica habremos de observar el comportamiento de este personaje:

- 1) Egoísmo.
- 2) Vanidad.
- 3) Cobardía.
- 4) Inmadurez sexual.

Pero además de la influencia de estos rasgos individuales, Álvaro es un sujeto muy dependiente de la sociedad en que está inmerso. Su donjuanismo, pues, está en función de su búsqueda y afianzamiento de prestigio en el grupo. No es, como se supondrá, una mera diversión, sino una adaptación de sus necesidades personales a su trabajo, razón por la cual estudia cada uno de sus movimientos —cuando se trata de damas con las que le es conveniente estar en buenas relaciones —e incluso aplica la concepción positivista de su idea de la seducción: «Las trazas del amor eran casi siempre malas artes; era un soñador el que pensase otra cosa(...) Además, si la mujer no fuera tan lasciva a ratos, las victorias escasearían; por amor puro se entregan pocas. Más hace la ocasión que la seducción. La seducción debe transformarse en ocasión»<sup>149</sup>. Y Mesía es un verdadero sacerdote de este culto<sup>150</sup>, pues para él es razón de vida.

El proceso de la actualización donjuanística es siempre el mismo: «En cuanto entrevé a Doña Inés(...) se enamora(...) de ella, y esto es, en realidad la abdicación de su donjuanismo. Todo lo que hace después son sólo botaradas para cumplir con su prestigio, con su leyenda(...), y sobre todo, para justificar ante sí mismo su rendición interior»<sup>151</sup>. Esto es lo que le acontece al Álvaro que se enamora de Ana, sucumbe de nuevo ante la mujer. Pero su vanidad —para mantener su prestigio cara al grupo— hace que se empeñe en conseguir a la Regenta. Pero surge un obstáculo para poder seducirla: Fermín se le opone abiertamente ya que también está enamorado de ella.

Ante tal situación, «es muy típica de la virilidad indiferenciada de nuestro héroe su incapacidad para sentir el agravio amoroso(...) No se conoce un solo caso de Don Juan entristecido o irritado en lo profundo de su instinto —quizás sí en su vanidad— por el abandono o la traición de cualquiera de sus amantes»<sup>152</sup>. Y en efecto, la oposición de Fermín es un ataque directo contra su vanidad, y esto no lo puede consentir: Hay que devolver el golpe en lo que más le duela a De Pas, y tal cosa es la religión, su instrumento de poder sobre Vetusta. Si ataca el prestigio del Provisor en materia religiosa y vence, habrá acabado con él para siempre.

El instrumento para esa acción será el ateo Pompeyo Guimarán, que se había autoexpulsado del Casino, pero que por orden de Mesía es nuevamente aceptado y con rendición de honores. Pero este juego no resulta: Guimarán, en trance de muerte, teme por la condenación de su alma y pide confesión antes de morir. Y para colmo, la confesión la recibe Fermín a petición del moribundo.

En esta coyuntura Álvaro se haya en mala situación: Por una parte puede perder cierto prestigio a cuenta de este fracaso, y por otra su orgullo le grita desde dentro que hay que hacer algo. Y «decide» respecto a la Regenta que «su orgullo no renunciaba a ella»<sup>153</sup>.

---

149. «CLARIN»: Op. cit., pág. 429.

150. Ibid., pág. 428.

151. MARAÑÓN: Op. cit., pág. 73.

152. Ibid., pág. 78.

153. «CLARIN»: Op. cit., pág. 437.

Pero hay un factor secundario influyente: Mesía se percata de que está haciéndose viejo y que posiblemente ésta es la última gran dama que pueda conquistar para cumplir la servidumbre de su propia fama: «Sí, sentía que dentro de su cuerpo había algo que hacía «crac» de cuando en cuando(...) Y lo que temía no era la enfermedad por la enfermedad, la vejez por la vejez(...) Su inquietud era por otro motivo. Morir, bueno; pero decaer, y decaer en presencia de Ana, era horroroso»<sup>154</sup>.

Esa crítica situación espolea a Álvaro a atacar con todas sus fuerzas: Ha de conseguir a la Regenta forzosamente, y, a tal fin, decide hacer un doble ataque contra Ana y contra Víctor. Sabido es que «al verdadero Don Juan no le detienen las inhibiciones que defienden de un hombre cualquiera, a la mujer»<sup>155</sup> y que es muy típica de este personaje su amoralidad en el juego del amor. Don Juan es fundamentalmente tramposo. No repara nunca en los medios para conquistar a sus mujeres»<sup>156</sup>. Y Mesía vuelve a hacer gala de tales cualidades donjuanescas y para hacerse familiar a Ana se vale del marido, fingiéndole amistad, aprecio,...<sup>157</sup>.

Y por fin consigue lo que desea-necesita: El amor carnal de la Regenta. Como es de suponerse, esto choca con don Víctor, que se deja convencer para batirse en duelo con Mesía.

En tal punto entra en escena otro personaje: Frígilis, que no está dispuesto a permitir que su amigo se exponga a morir. Él sabe de la cobardía de Álvaro en un antiguo duelo del que fue testigo y está resuelto a usar este argumento contra el burlador. Ante la propuesta-amenaza de Frígilis, Mesía acepta huir —no tiene más remedio— no sólo porque Crespo pueda dar a conocer aquel vergonzoso duelo y destruir así su prestigio, sino porque, como buen Don Juan, es sólo un cobarde. «La táctica del Don Juan es la violación, y apenas obtenida la victoria abandona el terreno, huye»<sup>158</sup>. Y huye no sólo de la mujer conquistada, sino de toda posible responsabilidad que sobrevenga. Por otra parte, «todos los rivales de Don Juan son anteriores a la posesión de la mujer deseada; una vez poseída, el rival ya no existe para él»<sup>159</sup>, y no existe porque ya ha satisfecho su vanidad y no queda nada más para halagar su ego. El Presidente del Partido Dinástico justifica su «decisión» con buenos propósitos: «¡Era natural! ¡Debía huir! ¿Con qué derecho iba él a procurar la muerte del hombre que le había perdonado la vida aquella mañana y a quien él había robado la honra?»<sup>160</sup>.

Esa justificación es una máscara, pues como tras la posesión el Don Juan no considera en «su» moral, que exista ningún rival, prefiere huir y proteger la fama y la vida.

Por su parte, Víctor, influenciado por Crespo, había consentido en perdonar al seductor, pero los comentarios de los miembros del Casino representan un grave deterioro para la fama de Mesía, y éste, así presionado, decide presentarse al duelo: «Dijo que Quintanar y todo Vetusta podrían atribuir miedo a su ausencia»<sup>161</sup>.

A todo esto, Víctor, nueva mente influenciado, ahora por Fermín, que le tocó el tema de la honra del marido, decide batirse. Se efectúa el duelo, Álvaro dispara apresurada-

---

154. *Ibid.*, pág. 615. Otro ejemplo en pág. 623.

155. MARAÑÓN: *Op. cit.*, pág. 80.

156. *Ibid.*, pág. 80.

157. «CLARIN»: *Op. cit.*, pág. 630.

158. ROUGEMONT, D. de: «**El Amor y Occidente**», Ed. Sur, Buenos Aires, 1959, pág. 214.

159. MARAÑÓN: *Op. cit.*, pág. 78.

160. Cfr. «CLARIN»: *Op. cit.*, pág. 660. Otro ejemplo en pág. 666.

161. *Ibid.*, pág. 660.

mente a causa del miedo y mata al marido burlado. Aquí también hace gala Mesía de su cobardía donjuanesca: No es siquiera capaz de confesarse que ha matado a su oponente: «No, no había sido él quién había disparado, había sido la 'corazonada'»<sup>162</sup>.

Tras el duelo, por supuesto, huye a Madrid, desde donde manda a Ana una carta proponiéndole reunirse de nuevo y afirmando que había huido de Vetusta por remordimientos y otras causas similares. Nueva máscara para su cobardía:

«'Había huido porque...'

— ¡Porque tuviste miedo a la justicia, y a mí también, cobarde? — se dijo Frígilis»<sup>163</sup>.

### Factores que determinan la conducta de Víctor Quintanar.

«...la indignación, contrahecha por las lecturas románticas y combatida por la pereza, el egoísmo y la flaqueza del carácter».

«CLARÍN»

La conducta de don Víctor está determinada principalmente por el medio social a través del sutil mecanismo del honor. Honor exacerbado en Víctor a causa de su concepto calderoniano del mismo. Quintanar «deliraba por las costumbres de aquel tiempo —el S. XVII— en que se sabía lo que era el honor y mantenerlo»<sup>164</sup>, para él «lo principal era tener aquella sublime idea del honor»<sup>165</sup>.

En la conducta del ex Regente, los tipos de determinismo que podemos observar son:

- 1) Determinismo absoluto.
- 2) Determinismo de causalidad probable.
  - a) Psicológico.
  - b) Del medio social (= presión social).

El desarrollo del determinismo en Víctor lo podemos observar en el Esquema 8.

Víctor casó, pasados ya los cuarenta, con una joven que rondaba los diecinueve. Como era de esperarse, sus relaciones matrimoniales no fueron muy intensas. Y poco a poco, cuando vieron a darse cuenta, éstas no eran más que paternas y filiales<sup>166</sup>. Quintanar sólo tiene tiempo para preocuparse por sus proyectos, sus cacerías, sus lecturas de Calderón y la salud de su Anita. Y tenía tan asimilada su paternidad que cuando está frente a Mesía, en el duelo, sólo le vienen a la cabeza pensamientos de padre: «¡Qué amarga era la ironía de la suerte! ¡Él, él iba a disparar sobre aquel guapo mozo que hubiera hecho feliz a Anita, si diez años antes la hubiera enamorado! ¡Y él..., él, Quintanar, estaría a estas horas tranquilo en el Tribunal Supremo o en La Almunia de don Godino!...»<sup>167</sup>. Y más aún; cuando, la mañana en que descubre el adulterio, va en el tren hacia los campos de caza, tiene un sueño: «Él mismo, vestido de canónigo con traje de coro, casaba en la iglesia parroquial del Vivero a don Álvaro y a la Regenta. Y don Álvaro

162. Ibid., pág. 664.

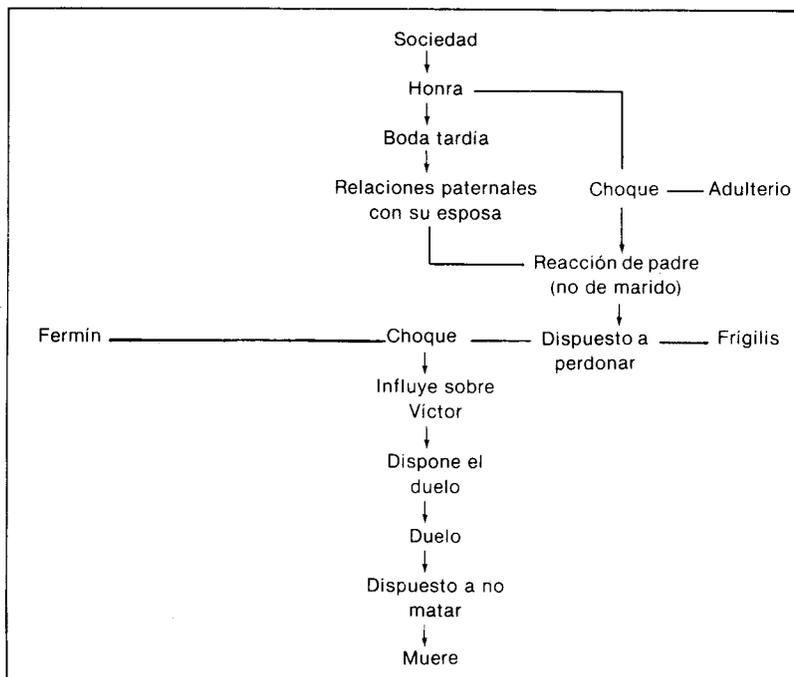
163. Ibid., pág. 666.

164. Ibid., pág. 60. Más ejemplos en págs. 509 y 653-654. El paréntesis es nuestro.

165. Ibid., pág. 61.

166. Cfr. ibid., págs. 57, 58, 639 y 655.

167. Ibid., pág. 636.



Esquema 8:

estaba en traje de clérigo también, pero con bigote y perilla... Después los tres juntos se habían puesto a cantar el 'Barbero', la escena del piano; él, don Víctor, se había adelantado a las baterías para decir con voz cascada:

'Cuando la mía Rosina...'

el público de las butacas había graznado al oírle como un solo espectador... Todas las butacas estaban llenas de cuervos que abrían el pico mucho y retorcian el pescuezo con ondulaciones de culebra...<sup>167</sup>.

Este sueño está conectado con el descubrimiento del adulterio, pues «en todo sueño puede hallarse un enlace con los acontecimientos del día anterior»<sup>168</sup>. Y, por otra parte, «fácilmente puede demostrarse que los sueños evidencian frecuentemente, sin disfraz alguno, el carácter de realización de deseos»<sup>169</sup>; es decir, que todo «sueño es un deseo cumplido»<sup>170</sup>. Así, en la interpretación del mismo se observa el deseo que tiene Víctor de casar a Ana con Mesía, ante la aprobación de los cuervos-vetustenses. O sea, piensa-desea lo mismo que un padre desearía para su hija seducida: El matrimonio —a fin de obtener aceptación social—.

Cuando la Regenta peca de adulterio se produce en Quintanar la reacción típica del padre de la muchacha seducida: No tiene celos, no se siente herido en su honra. Ahora

167. Ibid., pág. 636.

168. FREUD, S.: «La interpretación de los sueños», Círculo de Lectores, Barcelona, 1976, pág. 202.

169. Ibid., pág. 168.

170. FREUD, S.: «Psicoanálisis del arte», Alianza Editorial, Madrid, 1973, pág. 106.

quiere a Ana más que antes, y piensa en matar al Mesía-seducor y no al Mesía-burlador<sup>171</sup>. Pero, por influencia de su buen amigo Tomás Crespo, está dispuesto a perdonar a Álvaro, tomando como pretexto la superioridad de la leyes naturales sobre las humanas, que condenarían la conducta de Ana<sup>172</sup>.

Pero esta «decisión» contraría los deseos de Fermín, quien trata de influir —y de hecho lo hace— en la conducta del ex Regente, apelando a la honra y a su temor al qué dirán: «Con vivos colores pintó el desprecio que el mundo arroja sobre el marido que perdona y que la malicia cree que consiente...»<sup>173</sup>. El determinismo del contexto social actúa, conforme a los planes de Fermín, sobre Víctor, que «decide» acudir al duelo: «—¡Ni un día se ha de aplazar esto! Ya que mi deshonra es pública, que la reparación lo sea, y además terrible y rápida»<sup>174</sup>. Y conseguir esta reacción no había sido difícil, pues Quintanar ya había pensado que «en cuanto alguien lo supiera había que proceder deprisa, con violencia; lo exigía así el mundo, las ideas del honor»<sup>175</sup>.

Pero al llegar al duelo, este personaje de tragicomedia se convierte —por primera vez en su vida, tal vez— en un personaje auténtica tragedia. Él ha tenido la culpa de lo que ha hecho Ana, y decide no disparar sobre Mesía esperando que éste lo mate y haga feliz a Anita casándose con ella: «La verdad era que el furor que en su corazón había hecho estragos después de la visita nocturna de don Fermín, ya no quedaban más que restos apagados(...) la filosofía y la religión triunfaban en el ánimo de Víctor. Estaba decidido a no matar»<sup>176</sup>.

Don Víctor, por una vez en su vida, se libra de toda la podredumbre en que vive y se da como víctima a un sacrificio para conseguir la felicidad de su esposa, porque «la catástrofe es la punición de la culpa»<sup>177</sup>. «Murió Quintanar a las once de la mañana»<sup>178</sup>.

«Murió Quintanar a las once de la mañana»<sup>178</sup>.

**ANTONIO CONDE FALCÓN**

---

171. Cfr. «CLARIN»: Op. cit., pág. 632.

172. Ibid., pág. 635.

173. Ibid., pág. 654. Otro ejemplo en la misma página.

174. Ibid., pág. 661.

175. Ibid., pág. 633. Otro ejemplo en pág. 653.

176. Ibid., pág. 662.

177. JASPERS, K.: «**Esencia y formas de lo trágico**», Editorial Sur, Buenos Aires, 1960, pág. 49.

178. «CLARIN»: Op. cit., pág. 664.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD NEBOT.: **«El signo literario»**, EDAF, Madrid, 1977.
- ABADI, Mauricio y otros: **«Lenguaje y psicoanálisis»**, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1973.
- ABBAGNANO, Nicola.: **«Diccionario de Filosofía»**, FCE, México, 1963.
- AGUILAR E SILVA, Víctor Manuel de.: **«Teoría de la literatura»**, Gredos, Madrid, 1975.
- ALONSO, Martín: **«Historia de la literatura mundial»**, EDAF, Madrid, 1969, tomo II.
- BALMES, Jaime: **«Filosofía fundamental»**, Ed. Sopena Argentina, Buenos Aires, 1963, tomo II
- BAÑUELOS, Manuel: **«Manual de Patología Médica»**, Ed. Científico Medica, Barcelona, 1939, tomo II.
- BURGESS, Anthony: **«English Literature»**, Longman Group Limited, London, 1974.
- «CLARIN», Leopoldo ALAS: **«La Regenta»**, Alianza Ed., Madrid, 1974.
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo.: **«Historia General de las Literaturas Hispánicas»**, Ed. Vergara, Barcelona, 1969.
- **«España en su literatura»**, Salvat Editores, SA y Alianza Editorial, SA, Madrid, 1969.
  - **«Modernismo frente a Novènta y ocho»**, Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1979.
- FREUD, Sigmund: **«La interpretación de los sueños»**, Círculo de Lectores, Barcelona, 1976.
- **«Psicoanálisis del arte»**, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- GARCÍA LÓPEZ, José: **«Historia de la Literatura»**, Teide, Barcelona, 1973.
- GARMENDIA, José A.: **«Sociología. Claves para el estudio y transformación de la estructura social»**, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979.
- GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI: **«Diccionario de Autores»**, Ed. Montaner y Simón, Barcelona, 1964.
- GODELIER, Maurice.: **«Esquemas de evolución de las sociedades»**, Castellote Editor, Madrid, 1974.
- HAUSER, Arnold: **«Historia social de la literatura y el arte»**, Ediciones Guadarrama/Punto Omega, Barcelona, 1977.
- JASPERS, Karl.: **«Esencia y formas de lo trágico»**, Ed. Sur, Buenos Aires, 1960.
- JÁUREGUI, José Antonio: **«Las reglas del juego, Las tribus»**. Espasa-Calpe, Madrid, 1978.
- KANT, M.: **«Fundamentación metafísica de las costumbres»**, Espasa-Calpe, Madrid, 1977.
- LAO ZI: **«El libro del Tao»** (Traducción, prólogo y notas de Juan Ignacio Preciado), Ediciones Alfaguara, SA., Madrid, 1978.
- LUPIÁÑEZ ESTÉVEZ, Gabriel: **«Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, 26 de Octubre de 1913»**, en **«Discursos históricos, filosóficos, literarios y científicos. 1883-1914»**. Ejemplar único depositado en la Biblioteca Universitaria y Provincial de Sevilla bajo la signatura G<sup>o</sup>-640.
- LÜSCHER, Max: **«Test de los colores»**.

- MARAÑÓN, Gregorio: «**Don Juan. Ensayos sobre el origen de su leyenda**», Espasa-Calpe, Madrid, 1942.
- MARCEL, Gabriel: «**El misterio del ser**», Ed. Suramericana, Buenos Aires, 1964.
- MAURON, Charles: «**La psicocrítica y su método**», en SÖRENSEN, Hans GIRAUD, Pierre y MAURON, Charles: «**Tres enfoques de la literatura**», Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.
- NIETZSCHE, Fredrerick: «**El origen de la tragedia o Helenismo y pesimismo**», F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia, 1886.
- PAGNINI, Marcelo: «**Estructura literaria y método crítico**», Cátedra, Madrid, 1978.
- PERLS, Fredrerick; HEFEERLINE, Ralph F. y GOODMAN, Paul: «**Gestalt Therapy. Excitement and Growth in the Human Personality**», Delta, New York, 1951.
- PINILLOS, José Luis: «**La mente humana**», Salvat, Madrid, 1969.
- «**Principios de psicología**», Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- PRATT FAIRCHILD, Henry: «**Diccionario de sociología**», FCE, México, 1966.
- PUJOL, Carlos: «**Abecé de la literatura francesa**», Ed. Planeta-Editora Nacional, Barcelona, 1976.
- QUINTO, José M<sup>a</sup> de.: «**El teatro y la sociología**», Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969.
- RAND, Ayn.: «**The Virtue of Selfishness. A new Concept of Egoism. (With additional articles by Nathaniel BRANDEN)**», Signet Books, New York, 1964.
- ROUGEMONT, Denis de.: «**El Amor y Occidente**», Ed. Sur, Buenos Aires, 1959.
- RUSSELL, Bertrand: «**Fundamentos de Filosofía**», Plaza & Janés, Barcelona, 1974.
- SARTRE, Jean-Paul: «**¿Qué es la literatura?**», Losada, Buenos Aires, 1974.
- SHAW, Donald L.: «**El Siglo XX**», (Colección: Historia de la literatura española), Ariel, Barcelona, 1976.
- TOULMIN, Stephen: «**La filosofía de la ciencia**», Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1964.
- VIVES, Luis: «**Introducción a la sabiduría**», Compañía General de Artes Gráficas, Madrid, 1930.
- WATSUJI TETSURO: «**El hombre y su ambiente**», Castellote Editor, Madrid, 1973.
- WELLEK, René y WARREN, Austin: «**Teoría literaria**», Gredos, Madrid, 1974.
- WILHELM, Richard (Edición y versión): «**l Ching**», EDHASA, Barcelona, 1978.
- «**La sabiduría de l Ching**», Ediciones Guadarrama/Punto Omega, Barcelona, 1977.

## REVISTAS

- BOURDEL, Léone: «**¿Nos determina nuestro grupo sanguíneo?**», *Revista Horizonte*, n° 6, Sept-Oct., 1969, Plaza & Janés, Barcelona.
- GARCÍA PÉREZ, Alfonso.: «**Usted está haciendo de su hijo un fascista**», «*Cuadernos para el Diálogo*», n° 250, 2ª época, 11-17 de Febrero de 1978.
- MANEGAT, Julio: «**¿Hasta dónde somos unos seres programados?**», «*El Martillo*», n° 1, Octubre, 1977. Ed. Thor, Barcelona.
- MOLTMANN, J.: «**Hombre, sociedad y progreso biológico**» (Extracto de la conferencia pronunciada por J. Moltmann en simposio «The Challenge of Life» de Basilea —Médecine et Hygiene, n° 1003, 22-III-1972—), «*Publicaciones científicas Alter*», vol. XV, n° 4, Jul-Ago., 1972, Alter, S.A.
- TEDESCHI, James; SMITH, R. Bob y Brown, Robert C.: «**Una interpretación psicosociológica de la agresión**», «*Cuadernos de Psicología 3*», n° 4, 1976.